



**CENTRO UNIVERSITARIO AMERICANO DEL
ESTADO DE MORELOS**

TESINA:

**EL MITO DETRÁS DE LA TEHUANA, MUJERES DEL ISTMO: “AMAZONAS
MATRIARCALES”**

REPORTAJE

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN**

PRESENTA:

DAMMANN PENSAMIENTO ROMMY PAOLA

ASESOR:

JOSÉ MANUEL MENDOZA CAMPUZANO

Cuernavaca, Morelos junio de 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción.....	3
Reportaje: El mito detrás de la Tehuana, Mujeres del Istmo: “Amazonas Matriarcales”.....	7
Conclusiones.....	72
Bibliografía.....	77

Introducción

La exótica belleza, la extravagante sensualidad, características étnicas de las mujeres del Istmo de Tehuantepec, Oax., así como la autonomía y la autoridad con la que dominan ciertos ámbitos públicos como la casa y el mercado, amén de su protagonismo en la organización del sistema festivo de la región, han hecho suponer que aquí, existe un Matriarcado. En este lugar rodeado de naturaleza excepcional, clima tropical y exóticas damas, “las mujeres son las que mandan”.

Este trabajo de investigación periodística es un esfuerzo por descubrir si efectivamente “la tehuana” -ícono de la mujer indígena en México que rompe con el arquetipo de una mujer indígena sumisa-, altiva, orgullosa y desdeñosa, quien juega un papel preponderante en la economía de la región, es en efecto una “amazona matriarcal”, como la han descrito historiadores, viajeros y artistas.

En una sociedad históricamente opresiva y constituida por el patriarcado, es decir, dominada por el hombre, la existencia de un matriarcado constituye un tema atractivo de estudio y análisis.

En el Istmo de Tehuantepec se asienta el grupo étnico de los zapotecas, cuya especificidad étnica se despliega en sus manifestaciones sociales culturales y religiosas, en su forma de vida cotidiana y en su constitución política, siendo el *didxazá* (el lenguaje zapoteco) el elemento que les ha permitido preservar sus costumbres, y se ha convertido en el símbolo de su resistencia en un mundo transgresor de la pluralidad y la diversidad.

Diversos estudios se han hecho ya sobre las zapotecas; en algunos de ellos se afirma que existe un “matriarcado”, pero también se han detectado muchas contradicciones en su sistema social organizativo y de división del trabajo. Sin embargo, es preciso primero entender cuáles son las características que sustentan dicho concepto. Por lo que en este trabajo se expone de manera clara y precisa la “teoría del matriarcado”, que nos sirve como parámetro para comparar el comportamiento de la mujer en la vida cotidiana zapoteca y el matriarcado

descrito como un sistema social agrario, en el que los bienes materiales son administrados por las mujeres.

La cultura y la sociedad son fenómenos en movimiento y las manifestaciones que ocurren en este universo/realidad son objeto de estudio del periodismo. Es el reportaje, por su metodología y las técnicas de investigación social a las que recurre, el género más adecuado para realizar un estudio sobre las relaciones sexo/género de la comunidad zapoteca y el comportamiento de la mujer en la vida comunitaria de este universo indígena.

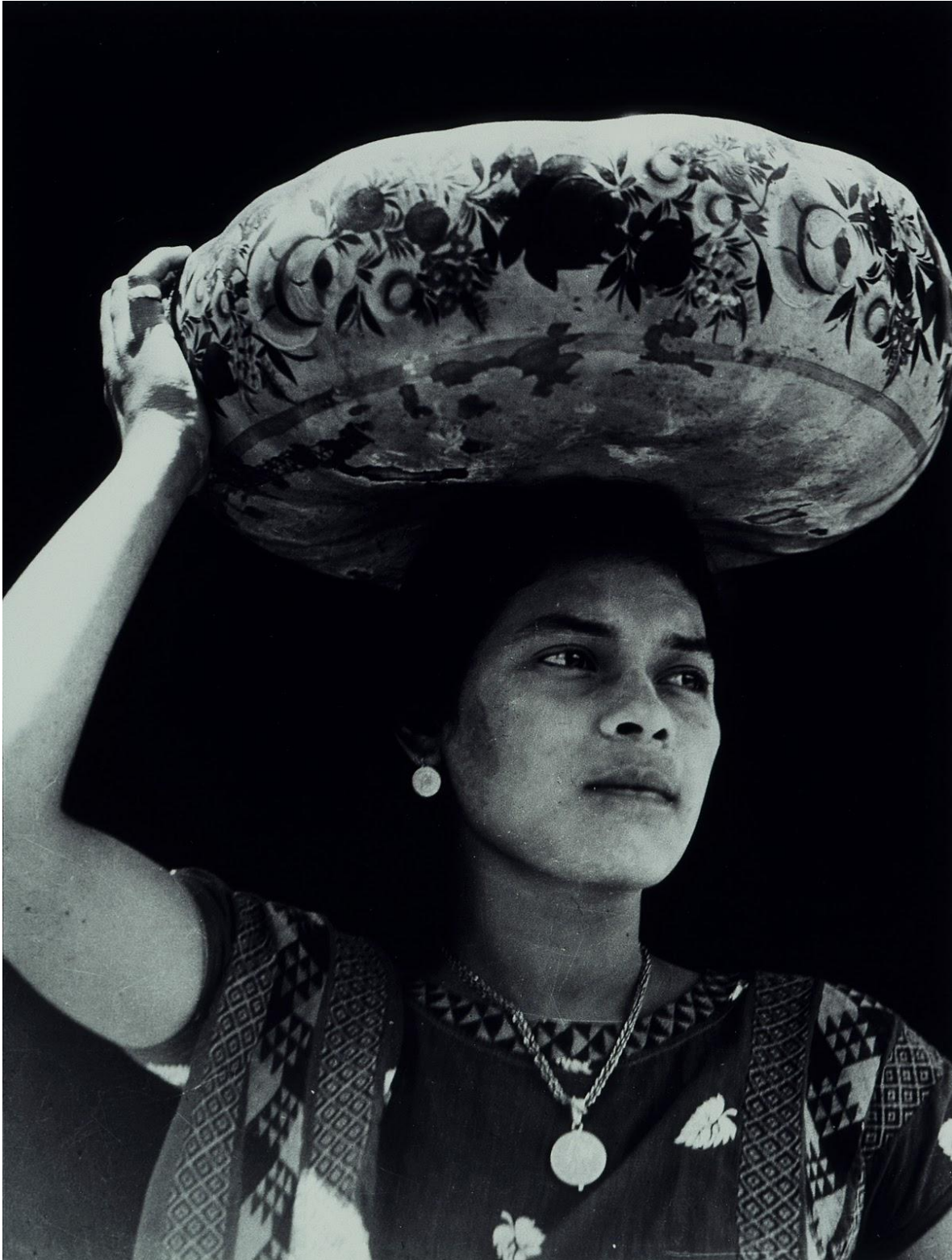
En el reportaje, el periodista es libre –siempre y cuando haya un fundamento claro- de interpretar un suceso o acontecimiento. La historia narrada en él puede ser sumamente atractiva y es cuando, a través de sus habilidades narrativas y descriptivas, creatividad y sensibilidad literarias, florece el estilo del periodista. A través del reportaje es posible abordar un tema desde diferentes perspectivas y hacer de una situación cotidiana el descubrimiento de una realidad humana. La realización de un reportaje va más allá de los fines descriptivos, en él se plantea una filosofía, una percepción de la vida; en él y en la forma de redactarlo se presentan sin duda diferentes matices de una situación o suceso determinado, pero sobre todo existe en él un carácter sensible, es decir, posee en su esencia más pura un sentido humano.

Es por lo anterior que decidí elegir a Irma Pineda, poeta indígena contemporánea, talentosa y reconocida literata, mujer, madre e hija, poseedora y transmisora de una gran cultura, como el hilo conductor de esta investigación. A través de ella fue posible trastocar la esencia, el “guenda”, el alma de las cosas, y llegar a una explicación más profunda del comportamiento de las mujeres zapotecas, al tiempo de observar la manifestación de la cosmogonía indígena en los sucesos más simples pero a la vez más significativos de la vida cotidiana, del pueblo de los *binnizá* (zapotecas) “los hombres que descendieron de las nubes”.

Por medio de su poesía fue posible hacer una lectura del cómo y porqué de las cosas, pero sobre todo, involucrarse en la magia que caracteriza a estos pueblos exóticos empapados de misticismo, así como a sus mujeres. El entorno natural en el que se desenvuelven las celebraciones religiosas más importantes, deslumbran con su mosaico multicolor a cualquiera. Aquí hay alegría y vida. La gastronomía, la artesanía, la música y las artes se manifiestan en cada rincón. Entrar al mundo zapoteca se asemeja al efecto de mirar a través de un caleidoscopio: un universo de formas, colores y múltiples matices, constituyendo cada uno de ellos la representatividad y la reafirmación de la identidad zapoteca.

Se trata de un viaje a un lugar, a un pueblo y una forma de vida para muchos, desconocido. Un recorrido por esta tierra cuna de poetas, artistas y escritores. Tierra en la que el *didxazá*, el zapoteco -la lengua divina, la lengua del tiempo, la lengua de los hombres mortales- se manifiesta en su máximo esplendor. Una lengua que condensa una tradición y un saber reflejados en cada momento de la vida cotidiana, en los ciclos de vida de los hombres y de las mujeres pero sobre todo, en las fiestas.

Cualquiera que pretenda acercarse a la forma de vida de los y las zapotecas, deberá ser participe de las fiestas, pues la fiesta es el elemento por excelencia a través del cuál es posible aproximarse a los *binnizá*, quienes a través de ellas reafirman y autovaloran su identidad y manifiestan su sacralidad, su ritualidad y su espiritualidad. ¡Bienvenidos!



Tehuana con Molcajete: Tina Modotti

El mito detrás de la Tehuana, mujeres del Istmo: “Amazonas Matriarcales”

Cd. Ixtepec, Oaxaca.

El exotismo de la Tehuana

Dentro del imaginario colectivo, las mujeres del istmo de Tehuantepec han sido descritas como mujeres bellas, dignas, desdeñosas, capaces, valientes, soberbias, elegantes y seductoras. Características casi mitológicas con las que los antiguos griegos, describían a las amazonas: mujeres que se gobiernan a sí mismas sin la intervención de un hombre.

Entre las mujeres indígenas de México sobresale la imagen de la zapoteca del Istmo. Ha llamado la atención de cronistas, historiadores, viajeros, intelectuales y artistas, quienes han quedado admirados con la extravagante belleza seductora de estas mujeres sonrientes, simpáticas y excelentes comerciantes, a quienes reconocen como virtuosas y han denominado “Amazonas de México”. (Dalton, 2010).

Charles Brasseur (Susana Green y Campell, 1992:92), viajero y prestigioso investigador de la arqueología, también impactado por la belleza de estas mujeres, hizo una colorida descripción de la matriarca tehuana:

“Esa noche ella llevaba una falda de tela a rayas, color verde agua, un huipil de gasa de seda rojo encarnado, bordado de oro... su cabello, separado en la frente y trenzado con largos listones azules formaba dos espléndidas trenzas...Lo repito, jamás he visto una imagen más impresionante de Isis o de Cleopatra”.

La imagen creada por Brasseur respecto del seductor exotismo de la matriarca zapoteca ha permanecido desde entonces como marco de referencia para el resto de los viajeros que después de él, y por razones diversas, llegaron al Istmo y quedaron extasiados con tan impresionante belleza.

Acerca del exótico encanto que ejercen las mujeres zapotecas sobre los extranjeros, Covarrubias, pintor y antropólogo excepcional, escribió:

“Para cualquier habitante urbano de México, una tehuana es tan romántica y atractiva como lo es una sirena de los mares del sur para un adolescente norteamericano”. (Susana Green y Campbell, 1992:94)

La fascinación que ejerce la tehuana reaparece en el siglo XIX en la plástica mexicana, desde Rivera y Frida Khalo a Tamayo y Anguiano, por nombrar a los más famosos; entre ellos destaca el pintor de origen oaxaqueño Francisco Toledo. También en la fotografía y en el cine, la tehuana ha sido tema recurrente de exotismo y sensualidad.

Igualmente diversos escritores y periodistas contemporáneos han abordado el tema; por ejemplo, Elena Poniatowska, en su libro *Juchitán de las mujeres*, fotografiado por Graciela Iturbide, destaca el exotismo de la tehuana y aborda de manera muy abierta el tema de la sexualidad.

Frida Khalo, por su parte, se sintió tan atraída hacia el concepto de la matriarca zapoteca al grado de incorporar en su imagen personal elementos de la vestimenta y el uso de joyería en oro. Este elemento refleja el poderío de las mujeres del Istmo, además de su indescriptible belleza y fenomenología en el sentido de que son mujeres extremadamente hermosas a la vez que fuertes e independientes.

En tanto, Rivera, dentro de sus trabajos artísticos hizo un esfuerzo por glorificar y reevaluar la herencia indígena de México durante el siglo XX. En sus murales, y a través de la mirada estética del observador y artista, plasmó en su obra la presencia de las tehuanas como seres sensuales dentro de un mundo altamente espiritual a la vez que natural.

La idea de que la sociedad zapoteca está controlada por mujeres, está fuertemente enraizada en el folklor mexicano. La sociedad zapoteca, por todas las características antes mencionadas, ha sido objeto de diversos estudios antropológicos que pretenden afirmar la existencia de un matriarcado.

Las mujeres zapotecas, además de ser bellas y exóticas, son también magas, brujas y hechiceras; indias de mirada seductora. A los ojos de quienes las observan, misteriosas. Se dice que tienen conocimientos de las hierbas medicinales cuyas, diferentes combinaciones les dan “rayudejas” y quienes poseen dones y características varias que las llenan de magia y misticismo. (Dalton, 2010).

Son ellas quienes participan en las ceremonias, engalanan la fiesta, mantienen los rituales, y en el mercado, las que comercian y manejan el dinero.

Todas estas características rompen con los estereotipos de “lo que debe ser una mujer indígena” o una mujer simplemente; es decir, al no ser sumisas, abnegadas, calladas, van en contra de los esquemas culturales e ideológicos sobre el significado de ser una mujer india.

La personalidad de la mujer zapoteca contrasta con el arquetipo de la mujer indígena: cabizbaja, envuelta ella y su hijo en un rebozo, de actitud lánguida y sumisa ante el hombre siempre, dedicada a las labores de la casa, nunca reconocida en el ámbito público. Mientras que la mujer zapoteca es de mirada altiva, orgullosa de sí misma, no se avergüenza de su cuerpo, al contrario, lo expone, vistiendo, coloridos y bellos trajes, huipiles y enaguas, bañada en oro, exhibiendo su vientre abultado símbolo de la fertilidad. Sus cuerpos opulentos y su cándido hablar zapoteco, llaman la atención de cualquiera, de extranjeros, de los propios hombres zapotecos, quienes a su vez se sienten también orgullosos de sus mujeres. (Dalton, 2010).

Dentro de la literatura periodística e incluso etnológica, señala Miano (1999), la mujer zapoteca aparece como la encarnación de la mujer “exótica y misteriosa”, con una sensualidad “natural y libre” que brota de su piel y de su cuerpo en consonancia con la exuberancia de la naturaleza y el calor del clima tropical del Istmo, “tierra de iguanas, sol abrazante, e insólitas pasiones”; con un

temperamento agresivo, como revividas Amazonas; con un poder social y éxito personal.

Así fue como tras una ardua investigación bibliográfica, me trasladé al Istmo de Tehuantepec, Oax., para realizar un estudio de campo con el fin de encontrar elementos para considerar si existe o no un matriarcado.

Aquí me reencontré con Irma Pineda, a quien conocí en un Seminario de Literatura Indígena en la Casa de la Cultura Jurídica de Cuernavaca, hace más de un año, y a quien pensé tomar como una referencia para este trabajo. A través de ella, de su poesía, fue posible vislumbrar un panorama más amplio de la vida de la mujer indígena en su contexto cotidiano, así como de la cosmovisión y la cultura zapotecas. En ella se conjugan las dos polaridades: la de la mujer contemporánea, intelectual e independiente, que percibe las cosas desde una mirada extranjera, y la mujer indígena zapoteca, enraizada a su cultura y tradiciones, a su cándido andar y dulce lenguaje zapotecos. Es ella, Irma Pineda.

Poeta, mujer que transmite a través de la palabra, pero también con su presencia. Es ante todo una mujer sencilla. Es grato placer compartir una conversación con ella, siempre atenta a escuchar, a interpretar el mensaje de lo que se quiere saber, a platicar. Abrió las puertas de su esencia, de su corazón, de su casa, de su vida cotidiana, compartió sus experiencias, su historia de vida. A través del día a día, de los encuentros en la calle con sus conocidos, sus paisanos, ya en el mercado, en su vecindario, en el centro, en la plaza, Irma Pineda trasciende las experiencias de vida de sus allegados, de su gente, en la poesía. Tristes verdades en metáforas, en cantos de la palabra *didxazá*. Con su sencillez inspira, conmueve, no solo a través de la palabra, sino insisto, de su sola presencia.

Su poesía es conmovedora. Celebra a través de ella, el misticismo de la mujer, la peculiar belleza manifiesta en su lugar de origen Juchitán, Oax. Toca en cada frase el mensaje de su pueblo y tradiciones, exalta los valores intrínsecos en

los seres humanos. En su poesía, en su lenguaje cotidiano, habla del “guenda” el alma de la esencia más pura de las cosas. Además de su obra, también compartió en aquel momento los poemas de quienes fueron más que sus colegas, sus maestros: Macario Matus y Andrés Henestrosa; este último no existe más en el plano material. ¡Ah! Una gran pérdida para esta prodigiosa tierra cuna de poetas, artistas y escritores: “tierra en la que los dioses y los hombres hablan lengua divina. Palabras humanas en las que la canción es continuo jubileo de la sonrisa. Voces que nacen más allá del horizonte. Y de súbito, en la noche primordial, como si fuera ídolo agazapado en la niebla, el alcaraván horada con sus ojos de oro el pecho feroz de la mitología”, así es como describe Rafael Heliodoro Valle a los zapotecas, a los hombres que descendieron de las nubes.

Los *Binnizá*: “Los hombres que descendieron de las nubes”.

Los zapotecos son también denominados los padres de la raza, hombres gigantes, guerreros y sabios, que nacieron de las nubes y descendieron de las raíces de los árboles, su sabiduría y poder les dio la capacidad de convertirse en animales o nahuales.

El escritor oaxaqueño Andrés Henestrosa, (1992) en su libro *Los hombres que dispersó la danza* describe así a los *binnizá* (zapotecas):

“...cayeron a la tierra en forma de pájaros de una nube: sabían cantos melodiosos y en las plumas trajeron pintados todos los colores del trópico...creían las supersticiosas fábulas, como pudiera un católico los avisos del cielo, fue la fundación de este pueblo Teotitlán (*Xaguizi* en zapoteco), antiquísima de los primeros de la Zapoteca...fingiendo su origen haber venido del cielo, en figura de ave, en una luminosa constelación...”

La región del Istmo de Tehuantepec es el corazón del reinado zapoteco. Metrópoli de hombres viriles y de hermosas mujeres. La lengua de la “gente de las

nubes”, el *dídxazá* (el zapoteco) “la palabra verdadera”, condensa un saber y una tradición que se refleja en la vida cotidiana y en las festividades.

Los *binnizá* conforman el pueblo mayoritario del Istmo de Tehuantepec y como macro-etnia, constituye el primer grupo del estado de Oaxaca y el tercero después de los nahuas y mayas en toda la República Mexicana.

Cuando conocí a Irma, jamás pensé que un año después terminaríamos compartiendo experiencias de vida en algún bar del istmo, entre música y cervezas. Ese día, la esperaba sentada en las bancas de la Universidad Pedagógica Nacional del Istmo de Tehuantepec en Oaxaca, ubicada en la entrada de Ciudad Ixtepec; me reconoció inmediatamente. Nos saludamos con un abrazo y yo le comenté de mi investigación sobre el matriarcado zapoteca. Le mostré mis avances, mis escritos. -¿Tienes tiempo? - me dijo. Sí, respondí. -Vamos pues a tomar una cerveza- replicó.

Hacia una definición del matriarcado

Antes de afirmar o negar la existencia de un matriarcado en el Istmo de Tehuantepec, es preciso primero entender de qué hablamos cuando nos referimos a dicho concepto.

De acuerdo con Goettner-Abendroth, antropóloga y creadora del documento *Investigación Moderna sobre el Matriarcado*, resultado de 30 años de trabajo intensivo, señala que el concepto del “matriarcado”- de una connotación en sí misma complicada-, se entiende como paralela al “patriarcado” es decir, una sociedad en la que ahora es la mujer quien “ejerce el poder”. Sin embargo, no hay nada más erróneo.

Desde 1981 (Bachofen), el concepto de “matriarcado” ha sido utilizado dentro del lenguaje común de nuestra sociedad, pero en la mayoría de los casos de forma equivocada.

Para tener una idea más clara de las características en las que se fundamenta una sociedad matriarcal, la autora alemana presenta una definición estructural como núcleo de la teoría que ha venido desarrollando durante los últimos años. Utiliza la definición completa de “matriarcado” como instrumento científico para emprender una revisión de la historia cultural de la humanidad.

Mientras que la historia del patriarcado se ha escrito como una historia del y desde el poder, como una “historia desde arriba”, el matriarcado, la historia de las mujeres, de las clases inferiores, de las culturas marginadas, es vista desde una perspectiva contraria, ha sido construida desde una historia “desde abajo”.

El origen de nuestras sociedades tiene sus raíces en el matriarcado. Las tradiciones antiguas, el folklor de los pueblos, las costumbres, los mitos y ritos que aún persisten en algunas sociedades, sobre todo de origen indígena tuvieron su fundamento en la sociedad matriarcal, cultura predecesora del patriarcado.

Para profundizar en el asunto y tener claro el concepto de “matriarcado” que ha sido entendido como una extrapolación del patriarcado, en una sociedad que no deja espacio para condiciones de igualdad entre los géneros, es necesario hablar de las siguientes características, bases y fundamentos que lo componen.

Desde el punto de vista de la investigadora a la cuál hacemos referencia en este apartado, “el matriarcado” debería resurgir en la era moderna como un modelo, para acabar con muchos problemas sociales acumulados por el patriarcado tardío.

Por ello es importante conocer las bases y fundamentos que lo sustentan a través de cuatro modelos propuestos por la autora y que a continuación resumo de la siguiente manera:

- **Económico:** Los matriarcados son sociedades agrícolas. La tierra y las casas son propiedades del clan. Las mujeres tienen el control sobre los bienes más esenciales de la vida. Son las administradoras de los tesoros del clan. Los bienes se encuentran sujetos a intercambio activo a través de las líneas de parentesco. El ideal es el reparto y no la acumulación. En este nivel, los matriarcados se caracterizan por una reciprocidad perfecta, por eso son “sociedades de equilibrio”.
- **Social:** Los clanes están organizados según el principio de la matilinealidad, es decir, el parentesco por línea maternal. Las mujeres, aunque se casan, viven permanentemente en la gran casa del clan (10 a 100 personas); a esto se le llama matrilocidad. Los matriarcados son en el nivel social, sociedades de parentesco. Se caracterizan por la forma de matrimonio de visita, forma abierta pero limitada a la noche. Los hombres no consideran a los hijos de sus esposas y amantes suyos, pues llevan el nombre del clan al que pertenece la madre, no ocurre lo mismo con los de sus hermanas de los que sí reconocen el linaje. La paternidad biológica tal y como la concebimos, es desconocida. No juega ningún papel como factor social.
- **Político:** Las tomas de decisiones están organizadas a través de las líneas de parentesco. Los asuntos que interesan al clan son decididos por hombres y mujeres de forma consensuada. Nadie es excluido, los niños pueden tomar decisiones desde los 13 años. Lo mismo pasa en el nivel regional. A nivel político, las decisiones se toman en un sistema de “democracia de base”. Se trata de sociedades igualitarias de consenso.

- **Ideológico-religioso:** Tienen una idea fundamentada de la vida y del cosmos, que cree en la reencarnación, es decir en un ciclo eterno de la vida y la muerte. En este sentido los niños son considerados como antepasados y por lo tanto son sagrados. Las mujeres son, por ende, creadoras de la vida, alimentadoras y transformadoras de la muerte en vida, estos últimos considerados procesos cíclicos que se alternan permanentemente. La tierra, es la gran madre, la proveedora de todo y de todos, la que garantiza la reencarnación y la permanencia de la vida. Es la diosa primitiva cósmica, creadora del universo. En estas sociedades, todo está integrado; no existe un pensamiento dualista. En su cosmovisión la naturaleza es sagrada, es el mundo divino. Todo lo que existe, lo que está vivo posee divinidad. Las fiestas veneran los ciclos de las estaciones, cada actividad diaria, como sembrar, cosechar, cocinar, tejer, son un ritual significativo. Son sociedades sacras en las que todo se fundamenta en la deidad, en lo divino, lo sagrado.

Sin embargo, hoy en día el matriarcado -entendido equivocadamente como una sociedad donde las mujeres sojuzgan a los hombres- no es más que una extrapolación del patriarcado, es decir, un sistema en el que el hombre “ejerce el poder” en un contexto universal, histórico y cultural. En el que la subordinación de la mujer y la dominación del hombre no deja espacio para imaginar una sociedad en la que ningún sexo domine al otro.

Cuando, en esencia, la “teoría del matriarcado” habla y proporciona las bases de una sociedad igualitaria y equitativa en donde no se ejerza ningún tipo de violencia ni poder sobre nadie. En la que los derechos de hombres y mujeres sean reconocidos y respetados de la misma manera.

Por lo que las aportaciones a las que aquí hacemos referencia, no son más que investigaciones a través de las cuales es posible observar los elementos que

permiten en la actualidad la permanencia de sistemas sexo-género relativamente más igualitarios. (

La región del Istmo de Tehuantepec, al tener una población en la que la mujer dentro de la vida cotidiana goza de cierto prestigio y poder, se convierte en un laboratorio excepcional para observar la manifestación de dicho fenómeno. Sin embargo, dentro de la sociedad zapoteca, existen varios elementos que se contraponen a los fundamentos señalados en la teoría del matriarcado expuesta con anterioridad.

Por lo que, más que demostrar la existencia de un matriarcado, el objetivo de este estudio es observar si dentro de la “ideología de género” existente en el sistema de organización social de los zapotecas hay aspectos que permitan determinar, por lo menos, la existencia de una sociedad relativamente más simétrica en cuanto a las relaciones de género se refiere.

Regreso a mi encuentro con Irma. Nos subimos a su chevy rojo algo aletargadas por el intenso calor que hace en la región. Pues aquí el calor apacigua, extenua; por eso el andar de la gente, de las mujeres que visten enagua y huipil es lento y cadencioso como su lengua: el *didxazá*, (zapoteco). Y aunque el viento lo aligera, éste también ejerce un efecto sobre la esencia y arrulla los corazones. Aquí, todo marcha a otro ritmo; a un ritmo propio del andar zapoteca.

Llegamos a un bar de Espinal, justo en el medio de Ciudad Ixtepec y Juchitán, donde ella vive. -Una michelada grande pa´ empezar, pidió ella. Mis ojos se agrandaron en señal de sorpresa; nos reímos juntas después a carcajadas, mientras degustábamos alegres del dulce- picante sabor de la cerveza.

Durante el traslado de la universidad al bar comenzó a contarme su historia, más bien a partir de que ella, con la intención de estudiar, -pues en aquel momento, hablamos del 88, las carreras en el Istmo de Tehuantepec eran solamente Mecánica, Electromecánica, Administración y Contaduría- emigró al Estado de México para estudiar cuando tenía tan solo 14 años de edad.

-No sabía que quería estudiar con precisión, pero nada que tuviera que ver con las matemáticas. Mi madre enviudó cuando yo tenía 4 años, así es que la posibilidad de estudiar fuera, era casi imposible, pues mi madre como jefa de familia, apenas podría hacerse cargo de los gastos que eso implicaba. Hasta que un día una tía me dijo: “Yo necesito a alguien que me ayude en la casa, a cambio de ello te ofrezco techo y comida”. Al principio, me pareció un buen intercambio, pues era mi oportunidad para estudiar. Pero qué me iba yo a imaginar que el proceso de cambio a otra ciudad sería tan difícil y hasta cierto punto doloroso.

-¿Por qué?

-Porque la dichosa tía resultó ser una tirana. En el Estado de México hace mucho frío y yo vengo de tierra caliente, además hablaba yo el zapoteco y había muchos términos que en castellano no conocía. En ese período de mi vida, pasé por un largo momento de silencio. Fue ahí cuando surgió mi necesidad por expresarme a través de la escritura y la poesía zapotecas.

No así cuando niña; habla alegre en su poesía de su infancia y de la dulce tierra donde se canta el zapoteco, la lengua divina, la lengua de los dioses, la lengua del tiempo:

-Mis abuelos hablaban el *didxazá*. Mi padre y mi madre, aprendieron grandes y a golpes el español. Cuando nací, ellos quisieron darme un idioma que me facilitara habitar el mundo, así que en casa solo me hablaban en español; pero

apenas cruzaba el corredor, la vida estallaba en zapoteco: los niños, los juegos, las mujeres vendedoras de frutas y dulces, los hombres que volvían del campo con el maíz en las carretas jaladas por una yunta de bueyes; los que cargaban los cestos con peces que aún sacudían las escamas o traían en hombros tortugas marinas que cabalgábamos por el Callejón de los Pescadores.

-Más tarde extendí las alas sobre ajenas tierras, me escuché hablando un solo idioma y un zopilote llamado nostalgia me abrazó; así que para impedir que mi corazón se marchitara empecé a hacer poemas que leía al viento para no olvidar el sonido del *didxazá* y escribía en español para que otros descubrieran lo que yo quería decir.

Así, tiempo después, al graduarse como licenciada en Ciencias de la Comunicación en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM) e insertarse en puestos de alto mando como el de jefa de prensa en el senado de la República, editora del periódico *La Jornada* y finalmente jefa de comunicación y difusión del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), por mencionar algunos, decidió, tras el nacimiento de su hijo Sebastian y su divorcio, regresar a la tierra que la vio nacer: Juchitán, “Lugar de las Flores”, en busca de una mejor calidad de vida. Sin duda un paso que significó un reencuentro con sus raíces más profundas.

-Un día, cansada de trabajar una larga jornada como era común, ya que empezaba desde muy temprana hora hasta muy entrada la noche - apenas tenía tiempo de ver a mi hijo -, entré a nuestro departamento en el Distrito Federal y encontré a mi Sebastián, de tan solo tres años, montado en el triciclo dando vueltas alrededor de la mesa de la diminuta sala. Me sentí triste y melancólica de mis años de infancia; me conmovió ver a mi hijo jugando en un pequeño espacio, cuando yo gocé mucho de niña jugando en patios grandes, en las calles, descalza, casi desnuda, en calzoncillos, libre como los pájaros. Con esta sensación, aunada

al hecho de mi divorcio del padre de mi hijo, decidí regresar. Así fue como con todos mis ahorros, en el 2004 empecé a hacerme una casita en Juchitán, con la finalidad de regresar a vivir ahí y de que mi hijo tuviera la oportunidad de crecer mamando las mismas cosas que yo tuve: un ambiente amplio, natural y protección de la comunidad.

-¿Fue difícil insertarte de nuevo a la cultura de Juchitán.? -¿En qué sentido?

-Bueno aunque nunca dejé de venir a Juchitán durante los períodos vacacionales, no es lo mismo vivir aquí que sólo venir de visita. Tuve que reaprender las costumbres, abrimme a tener mayor convivencia con los vecinos. Me había desacostumbrado a esta solidaridad vecinal que aquí existe y aprendí de nueva cuenta a confiar en la gente y los espacios de afuera. A reconectarme con la ritualidad que esto implica y que tiene que ver con los ciclos de vida: La asistencia al velorio, el casamiento, al bautizo, los quince años, a reconectarme e identificarme con la vida “del otro”, que en este lugar no puede pasar desapercibida. A tener acercamiento con vecinos cálidos y atentos, en un contexto más familiar y de reciprocidad. Por supuesto, la mejor experiencia fue mi reconexión con el zapoteco. Entendí por qué las cosas funcionaban de una manera o de otra. Es decir, recuperé mi identidad.

Al ser cuestionada sobre la existencia de un matriarcado en el Istmo, Irma respondió:

-No considero que exista un matriarcado en el Istmo de Tehuantepec; lo que existe es una división de roles de género y de trabajo a partir de un constructo social que no tiene un fundamento en una cuestión biológica o genetal. Por ejemplo, los *muxes* son hombres que viven como mujeres, es decir realizan actividades económicas y culturales relacionadas con el rol determinado para las

mujeres. La cuestión de género va más allá de un asunto genital-social; se trata más bien de la concepción propia de cada individuo dentro del universo en el cual se desenvuelve.

El sistema de género de los zapotecos se organiza con base en la división social del trabajo y no en el hecho biológico como fundamento para la construcción del género.

Es, la institucionalización de la homosexualidad objetivada en la presencia de los muxe: alma femenina en cuerpo de varón, otro de los aspectos atractivos del sistema sexo-género de los zapotecas, ya que se instaura aparentemente como figura natural y normal dentro de la composición genérica de la región y que además es valorada socialmente pero que se contrapone a la censura de la homosexualidad femenina. A las mujeres que eligen un rol masculino en la sociedad zapoteca se les llama *nguiu*: la marimacho y tiene una connotación despectiva. No alcanzan el estatus social del *muxe* y es generalmente reprimida.

-Mucha gente me pregunta y se sorprende de esta relativa aceptación de la homosexualidad en el Istmo, pero para nosotros, al menos para mí no tiene explicación alguna. Desde niña yo crecí entre hombres, mujeres, *muxes* y *nguiu*.

Así es como funciona la sociedad zapoteca. Cuestionarse, el por qué de ello, es como tratar de resolver aspectos naturales como la salida del sol y la luna, o la lluvia. Dentro de la cosmovisión indígena de los zapotecas el *muxe* aparece como una figura natural y normal dentro de la composición genérica de la sociedad.

Sin embargo, no son aceptados totalmente en la sociedad -también dijo Irma. Se han dado varios casos de asesinatos de hombres, solo por el hecho de ser *muxes*. Ellos juegan roles importantes en lo económico, en la familia y en los

oficios en función de la reproducción de algunos elementos culturales tradicionales destinados más bien al rol femenino, como la elaboración de trajes regionales. De hecho son considerados como los mejores bordadores de huipiles, entre otras actividades artesanales. También ocupan puestos políticos importantes y destacan como profesionistas e intelectuales. Sus funciones y actividades se despliegan en espacios sociales y religiosos de ambos sexos.

Para las familias y sobre todo para las madres, el nacimiento de un *muxe* es una bendición pues son ellos los que se harán cargo de los padres cuando estén viejos y desamparados.

Los roles de los hombres y las mujeres, continuó Pineda, no son producto de una esencia masculina o femenina inmutable. Se trata más bien de una construcción cultural a través de un proceso de socialización impuesto por los modelos que la sociedad ha definido como conductas apropiadas para cada sexo. De normas, valores, patrones de comportamiento y roles establecidos para cada género. Se trata de estructuras preexistentes al individuo y que se presentan como naturales y objetivas en un “es así”.

Dentro del sistema organizativo de la división del trabajo en el istmo, el papel que juega la mujer es importante ya que además de la casa, donde ella es “la que manda”, domina otros espacios públicos como lo son el mercado y las fiestas.

Es decir, el comercio y su acceso al manejo del dinero, en efecto, otorgan a la mujer zapoteca una autovaloración y autoridad familiar y social, atípica frente al modelo nacional. La mujer (Mianno, 1999) posee una “vocación natural” hacia el comercio y por lo tanto está ligada a la casa y al mercado. Ellas administran el dinero, y por lo tanto son dueñas de él, lo que les otorga gran autonomía. Dicha condición hace suponer que existe aquí un matriarcado.

Sin embargo, también se presentan algunas contradicciones entre esta aparente autonomía y la subordinación que se ejerce sobre la mujer, cuando de su cuerpo y de su sexualidad se trata.

Y aunque la belleza, la sensualidad y el exotismo de la mujer son valorados y exaltados por el hombre - en los sones y en las canciones istmeñas son el tema central – y en las composiciones se resalta el misticismo, el encanto y la gracia manifiestas en la mujer indígena zapoteca, lo mismo que en el arte y en la literatura, existen varios elementos visibles del control sexual que sobre ellas ejercen los hombres y la sociedad a la que pertenecen.

Con respecto a la proyección que se tiene de la “matriarca zapoteca” en el imaginario colectivo, Pineda asoció el atractivo sexual de las paisanas con las formas, folklor y extravagancia característicos del clima tropical del istmo. Su andar es cadencioso como el vaivén de las olas, los colores y las flores bordados en los huipiles y enaguas. “Aquí las mujeres no son delgadas, son macizas, de anchas y prominentes caderas; hay curvas por doquier: resaltan a la vista de cualquiera cuando se pasean por las calles cargando grandes canastos repletos de succulenta comida tradicional y hamacas en sus cabezas. Sus largas y enredadas trenzas. Sus enaguas multicolores danzando al ritmo del viento. Ellas hablan bonito: el zapoteco la lengua divina, la lengua del tiempo”.

He aquí una descripción poética del simbolismo de las mujeres zapotecas, del escritor juchiteco, Enrique Leikens

si al velorio, huipil llevas bordado,
prendida a la cintura la cenefa
con blanquísimo holán muy bien plisado
haciendo como verso, sinalefa;
sin doblones ni traje de brocado

que en la guzanagola acusa jefa,
de la zandunga canto el zapateado
por ti, xhundu scarú, galana chefa.
te llevaré a las velas de Cheguigo
te cantaré mi amor en zapoteco
y un jacal en Xadani te prodigo
si me das a fumar guie' xhuuba' seco
cual flor de guriziña y vas conmigo
a bailar al estrado juchiteco

Más que exaltar la belleza y la sensualidad de la mujer zapoteca, Irma realizó dentro de su concepción de lo femenino la fortaleza interior de la tehuana. Se trata dijo, de mujeres guerreras, valientes, trabajadoras, activas económicamente, fuertes en todos los sentidos. No importa si se quedan solas, viudas, divorciadas, abandonadas, ellas salen adelante como sea. Trascienden el dolor, algo que va más allá del protagonismo del que tanto se habla. Hacen lo que tienen que hacer no sólo con fuerza, sino con alegría. Respecto de lo masculino, opinó que los hombres son sujetos que pueden ser buenos compañeros de vida, pero que, sin duda, y por consecuencia del sistema patriarcal en el que vivimos, han tenido más libertades y acceso a oportunidades, es decir, privilegios. En las familias pobres por ejemplo, son los niños quienes van a la escuela y no las niñas.

Desde tiempos históricos -hasta hace algunos años que se comenzó a introducir una metodología de los estudios de la mujer- el objeto de análisis dentro de las investigaciones sociales había sido el hombre y sus relaciones de poder. El rol que juegan los hombres se contextualiza en el ámbito público reconocido socialmente, mientras que el de la mujer se ha limitado al ámbito de lo privado, de lo doméstico. Sin ningún reconocimiento por su trabajo, según lo afirman las teorías feministas y los estudios socioeconómicos en los que se demuestra la exclusión de la mujer que se dedica al trabajo doméstico.

Hasta hace una década, a través de la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo realizada en el 2002, pudo medirse en términos cuantitativos el tiempo que las mujeres dedican a las labores domésticas. Las horas promedio que los hombres dedican a las tareas del hogar es de 11.5 horas, mientras que las mujeres 44.9 horas por semana. Las mujeres que realizan actividades extra-domésticas trabajan en conjunto veinte por ciento más que el hombre. Las mujeres dedican más tiempo al trabajo doméstico y el hombre al económico, pero si se toma en cuenta la participación de ellas en los dos, trabajan más que el hombre. (Pedrero, 2004).

Sin embargo, este estudio refiere que no existe un consenso metodológico para valorar económicamente el trabajo no remunerado que se realiza en los hogares pese a la importancia de éste en la sociedad como un todo, en la organización y en la vida de los individuos.

Por el contrario, menciona que en el campo de la psicología el trabajo doméstico está asociado con la alineación, subordinación y dominación, característicos del sistema patriarcal en el que vivimos. Y de una clara desventaja de las mujeres frente a los hombres en diversos ámbitos de la vida social. Uno de ellos, la desigualdad en las condiciones de trabajo fuera de la casa y la segregación de las mujeres hacia las labores de menor jerarquía.

Tal pareciera que en esta región del Istmo el orden simbólico de lo patriarcal no domina la articulación de las relaciones sociales, ya que son las mujeres las que controlan ciertos espacios públicos: el mercado, como ya lo mencionamos, y el sistema festivo. Son las protagonistas de las fiestas y de las celebraciones que tienen que ver con los ciclos de vida en la dimensión lúdica de la existencia. Desde el nacimiento hasta la muerte. En el aspecto comunitario, para celebrar momentos cívicos y religiosos significativos, algunos de ellos tienen que ver con

los ciclos agrícolas como “las velas”, fiestas concebidas como las más importantes dentro de la cosmovisión indígena zapoteca.

La base de la organización entre los zapotecos es la familia matricéntrica, cuyo referente central es “la madre”. Ellas son principalmente las guardianas de la tradición en el día a día, en el ámbito de la cotidianeidad; las que realizan el mayor esfuerzo por “reproducir” los usos y costumbres, ritos y celebraciones tradicionales. La mujer es la que vende los productos de casa en casa, en el mercado o viajando al exterior, y quien gestiona la economía familiar. (Miano, 2002).

En el mercado de Juchitán, Oaxaca es donde se gesta la base de la economía, la tradición y la cultura zapotecas. Todos los días desde muy temprana hora, las mujeres, con pesados canastos sobre sus cabezas, acuden gustosas a comerciar, a regatear una gran variedad de productos elaborados en casa, producidos en sus propias parcelas, o bien traídos de las regiones más cercanas donde se asientan otros grupos étnicos como los chontales, los mixes y los huaves, e incluso mercancía traída de países aledaños, como Guatemala. A las “tecas” se les reconoce por buenas comerciantes, muy trabajadoras y viajeras.

Comercian y distribuyen sus productos no sólo en los mercados de la región, también en otros de la República Mexicana, como Campeche, Yucatán, Chiapas, Tabasco y Veracruz.

Son reconocidas por vestir sus enaguas y vender las delicias que se producen en la región. Las “tecas”, (es como se les llama a las mujeres nativas de Juchitán) refiere Acosta (2007), sin excepción llevan indumentaria regional y se desenvuelven de forma abierta y por “hablar bonito” “hablar en zapoteco”, se distinguen también en aquellos lugares por preparar las “delicias istmeñas”. Siguiendo la tradición proveen a propios y extraños de totopos, camarón, queso

fresco, tlayudas, iguana, pescado seco, chocolate, tamales de elote, quesadillas de arroz entre otros tantos productos que se han vuelto distintivos de la región e incluso del estado de Oaxaca.

El mercado de Juchitán es extravagante igual que sus mujeres, no sólo se encuentran en él los succulentos platillos regionales sino también productos y alimentos exóticos como guajolotes, chapulines, iguanas (verdes y negras) y algunas veces, es posible también encontrar carne de venado y tepezcuintle, provenientes de la sierra mixe. Es un mercado grande en el que se concentra sólo un mosaico cultural y tradicional. Alrededor de dos mil comerciantes intercambian (trueque) sus productos y diariamente lo visitan más de 20,000 compradores. Por su arquitectura, diversidad y folklor, se encuentra entre los más exóticos de México.

No es sólo un centro de comercio en el que sobresale la presencia de la mujer como una experta en el arte de comerciar, y su trabajo en estos menesteres, por el hecho de ser quien administra el dinero, le permite destinar sus ganancias principalmente a la familia, a la educación de sus hijos y por supuesto, a la compra de oro y de suntuosos trajes que le permitirán gozar de prestigio durante las fiestas y las celebraciones características de la región, “las velas” de las que hablaré con mayor precisión más adelante.

Mientras que la mujer zapoteca se dedica al comercio, a la elaboración de manufacturas, a la preparación de alimentos, a la educación de los hijos, al bordado tradicional, al lavado de ropa, al adorno de fiestas, a la elaboración de cerámica, al plisado de holanes, los hombres se dedican a la agricultura, a la pesca, a las labores de gestión etc. Es decir, son las mujeres las que dominan las actividades comerciales, característica que favorece el sistema de géneros de la región. (Gómez, 2008).

Sin embargo, en los últimos 50 años y sobre todo hace una década se ha dado un registro de cambios en la división social del trabajo del sistema organizativo de la región, que no tiene que ver estrictamente con el hecho biológico como se ha referido antes, sino con una transformación de los roles de género derivada del debilitamiento de las economías regionales frente al crecimiento acelerado de la economía mundial.

La Migración como elemento transformador en los roles de género

Continúo con el recorrido por la vida de Irma Pineda. Ella me invitó a asistir, al día siguiente, a la escuela primaria Donají, en Tehuantepec, en donde ella es profesora de educación indígena -no sin antes aprovechar la oportunidad de comerme unas empanadas de quesillo, succulento platillo tradicional de la región, mientras esperaba el camión que me llevaría a mi destino. Ahí fui parte de las experiencias de vida y profesión de los maestros en comunidades indígenas de la región y quienes ahora, después de varios años de práctica, se están formando como profesionistas en Educación Indígena.

Maestros en proceso de profesionalización con la firme voluntad de implementar estrategias para mejorar la educación de los niños y las niñas en las regiones más alejadas y seguramente, más marginadas del estado. La mayoría de ellos bilingües e incluso trilingües; hablan su lengua materna, el zapoteco, y el español, algunos de ellos también inglés. Sus habilidades analíticas y racionales así como lingüísticas en el sentido de su capacidad de articular ideas, son excepcionales tomando en cuenta el contexto en el que se desenvuelven.

Durante el desarrollo de la clase, de la cual fui observadora y partícipe, surgió el análisis en torno a la identidad étnica y educación -sustentado en la lectura de fragmentos de libros de identidad y género sugeridos por la profesora-, mismo que derivó en la siguiente conclusión:

Como consecuencia de la migración de los padres de familia de sus comunidades en busca de una mejor calidad de vida, las mujeres están adoptando nuevos roles, se están convirtiendo en jefas de familia y representantes de sus comunidades. Realizan actividades de trabajo pesado en el campo y están teniendo una participación relativamente más activa en el ámbito político constituido a través de la asamblea.

Y es que la mayoría de las comunidades originarias de Oaxaca están constituidas por grupos de familias emparentadas entre sí, redes sociales creadas por las alianzas matrimoniales y el compadrazgo que habitan un territorio común. Sin embargo, para ser parte de ella, no sólo basta el parentesco, es necesario demostrar con una participación reiterada, la voluntad de ser parte de la misma. Es decir, no se es miembro solo por “derecho”, hay que serlo también de “hecho”, voluntad que se expresa con trabajo, en especie o con dinero. Una de ellas es la asistencia a las asambleas generales, máximo órgano de decisión.

“La migración es un problema que aqueja más y más a las comunidades pobres como a las familias de clase media y un asunto casi imposible de resanar, a menos que haya cambios estructurales en los estados y exista la voluntad política de generar medios de producción y de trabajo suficientes para su desarrollo. No importa cuántas barreras tengan que pasar, ellos se van en busca de mejores condiciones de vida”, comentó Irma.

Al convertirse en jefas de familia, tras la ausencia de sus esposos, las mujeres adoptan los roles masculinos realizando arduas jornadas de trabajo en el campo, arando la tierra, sembrando, cosechando, además de las labores domésticas, es decir, ahora el trabajo es doble para ellas, además de ser las cabezas de la familia deben soportar el sufrimiento por la incertidumbre de no saber el paradero de sus seres queridos.

Se habla del tema de la migración dijo Pineda, en términos estadísticos y cuantitativos, pero no se aborda desde otra perspectiva: la emocional y cualitativa; de tal forma que sea posible sensibilizarnos ante la situación que viven miles de familias en Oaxaca, México y el mundo, por lo que, en 2004 a través de una beca obtenida por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA) decidió escribir "La nostalgia no se marcha como el agua de los ríos" un poemario que habla de la incertidumbre y desconcierto que viven tanto los que se van como los que se quedan. De la vivencia de un panorama desolador en todos los sentidos.

La nostalgia no se marcha como el agua de los ríos

La nostalgia no se hace agua bajo los pies
no se sube al lomo de ningún caballo
que la lleve lejos del corazón
se queda aquí aferrada
asida a la doliente carne
se bebe las lágrimas y nos alborota la sangre
la nostalgia no se marcha como el agua de los ríos
se vuelve mar que nos arrastra implacable.

En el Istmo no solo se observa la migración de las comunidades indígenas a zonas urbanas del estado, otras ciudades o bien Estados Unidos. Allá, en Ciudad Ixtepec, sobre la vía, yacen como pájaros mal heridos, decenas de ellos. A veces son un centenar, bajo la sombra de un árbol se refugian en la intemperie, en el olvido, en espera de una mano bondadosa que les brinde agua y un poco de alimento.

Hombres de Centroamérica, Guatemala, el Salvador, Honduras, Nicaragua, dispuestos a cruzar mares, ríos y desiertos, montados sobre el tren durante noches frías, durante días de un sol delirante que los deja ciegos y exhaustos, ya

de por sí hambrientos, en busca de un sueño muchas veces jamás encontrado; nunca vivido.

Ahí aparecen, de vez en vez, en la penumbra antes del anochecer, con sus floridas siluetas, misericordiosas, las paisanas; a llevar un poco de alpiste, a aquellas aves malheridas de débiles alas y espíritus silenciosos.

Ellos se forman con las manos cruzadas al frente, cabizbajos, en la espera para recibir algo de comida. Se trata de un escenario desolador, y ¡Oh Dios! lo que aún les espera a lo largo de este viaje.

Cuando te vayas

Márchate con la paz del aire
antes de que acabe la noche
mientras el sueño permanece
para que no existan lágrimas frente a ti
para que no te detenga la tristeza
vete en silencio cuando florezca la mañana
estarás sobre el camino
y no te alcanzará
la sal del mar que hemos llorado.

De los migrantes escribió Pineda, de ellos y de sus familias. De melancolía en espera de los que se van. De los que se fueron y no saben si volverán. De esas noches de angustia, de esos momentos de hambre y frío, soledad, desolación, desesperanza, de esos cruentos procesos que transforman la vida de cualquiera.

Sin título

Por el camino del sur he venido
mis pies explotan sus recuerdos ampulosos

cansados están de llevar a rastras

las esperanzas de los míos

¿Son ellos los que me empujan las espaldas o es mi propia quimera la que persigo?

¿Quién soy en esta delirante hora en medio de un mar que se volvió arena?

Es evidente que el tema de la migración es objeto de otra investigación, sin embargo repito, es uno de los ejes fundamentales en la transformación de los roles de género, la división del trabajo, y en el surgimiento de nuevos sistemas de relación entre géneros, tanto en áreas rurales y urbanas de Oaxaca, el país, y Centroamérica.

Otro de los temas abordados en esta mesa redonda con los profesores en educación indígena fue la participación de las mujeres en el ámbito político. En este sentido se dijo que las mujeres se están convirtiendo en líderes al interior de sus familias y comunidades a consecuencia de la migración. No obstante, su participación en los procesos de toma de decisiones durante las asambleas, es aún cerrado y restrictivo. Aunque los jefes de familia se marchan y ellas quedan a cargo, son los padres de las esposas o los de sus esposos quienes tienen la palabra durante los procesos de votación en las asambleas generales.

Es parte, dijeron, de los usos y costumbres. Dentro de su idiosincrasia, existe el paradigma de que son los hombres quienes toman las decisiones y tienen participación en el ámbito político; es incluso una creencia arraigada en el comportamiento y la mentalidad de las propias mujeres.

En tanto una característica fundamental de la sociedad matriarcal, como ya se ha mencionado, es la toma de decisiones en los asuntos políticos y sociales que conciernen al clan, misma que es dada por igual tanto a hombres como a mujeres, incluso niños. Se trata de sociedades igualitarias de consenso.

La mujer zapoteca en la política

En el caso particular de la mujer zapoteca, podemos decir que su participación en el ámbito político es limitada, es decir, no ocupan cargos políticos en el contexto formal, pero son mujeres con una capacidad de organización extrema, al punto de hacer grandes movilizaciones. En los años setenta surgió en el istmo un movimiento político-étnico llamado Coalición Obrera Estudiantil del Istmo (COCEI), que fue creado como un símbolo de resistencia política, en el cual la participación de la mujer fue importante; sin embargo no ocuparon puestos de liderazgo. Es decir, ellas pueden organizarse en el ámbito informal para ejercer presión en la defensa de sus intereses, pero su participación no se traduce en cargos políticos oficiales ya que afirman, “la política es cosa de hombres”. La intervención de la mujer en la política es muchas veces rechazada por las propias mujeres:

La mujer es para la casa, la política para los hombres. Anteriormente la mujer no tenía derecho a participar en la política. Hasta aproximadamente quince años empezaron a entrar en la política, cuando los organizadores de la COCEI llegaban al mercado para organizar a las comerciantes. Ahora ya participamos, no de manera directa, sino indirecta, porque de los antepasados viene que son los hombres que dirigen la política, que dirigen el pueblo. (Miano, 2002:147)

En la opinión de Irma Pineda, el marco político es ya de por sí muy cerrado, tanto para hombres como para mujeres. “Desde que yo trabajaba en el senado, hace quince años hasta ahora, son los mismos actores políticos los que buscan reinstalarse y mantenerse de manera permanente en los puestos políticos. No hay espacio ni para jóvenes, ni para mujeres. Nunca fue de mi interés colocarme en un puesto político pero sí me tocó ver lo difícil que era para algunas compañeras mujeres destacar o posicionarse en algún cargo de importancia, pero insisto, se trata de un sector de élite creado y sostenido por unos cuantos”.

Sin embargo, en la actualidad existen muchos movimientos indígenas importantes emprendidos por las mujeres en la defensa de los derechos colectivos de sus pueblos, afirman autores como Rosalva Hernández en su libro *Etnografías e historias de resistencia, mujeres indígenas, procesos organizativos y nuevas identidades políticas*: “A raíz de las transformaciones en los procesos productivos, las mujeres indígenas están planteando la necesidad de cambiar aquellos elementos de la “costumbre” que excluyen y marginan a las mujeres, organizándose y movilizándose a grado tal de rechazar la construcción de megaproyectos como el Plan Puebla-Panamá o el Corredor Transístmico, y participando activamente en recientes luchas políticas por reformas constitucionales que reconozcan los derechos colectivos de sus pueblos. Están siendo líderes de movimientos sociales de relevancia nacional e internacional como El Ejército de Liberación Nacional (EZLN).

En este sentido, cabe destacar que por su ubicación geográfica es el Istmo de Tehuantepec pieza clave en la posible realización de dicho megaproyecto, de efectos económicos trascendentales a nivel internacional, y que hoy se ha convertido en el blanco de la mirada extranjera.

La región del Istmo de Tehuantepec, corazón del reinado zapoteca

El istmo de Tehuantepec es la parte más estrecha del país, abarca una franja de 100 mil kilómetros. Limita al norte con el golfo de México, al sur con el océano pacífico, al este con Chiapas, al oeste con la Sierra de Oaxaca y la Sierra Madre Sur. Como región geográfica abarca los estados de Oaxaca, Veracruz, Tabasco y Chiapas.

Desde la época prehispánica ha sido un lugar importante de tránsito, y en la colonia, se convirtió en un puente comercial entre Chiapas, Campeche,

Guatemala y La Habana. Cuenta con diversos recursos naturales que lo han hecho objeto de inversiones y proyectos económicos importantes. Junto con la construcción de vías de comunicación, múltiples proyectos entre los que sobresalen la modernización agrícola, la industria petrolera, eólica y algunas tentativas de desarrollo- como el mega proyecto del Istmo y el Plan Puebla-Panamá- han configurado al Istmo oaxaqueño y han marcado la historia de los zapotecos y de los otros pueblos originarios de la región (chontales, mixes, huaves y zoques). (Acosta, 2007).

Los zapotecos se encuentran en 36 municipios de los 41 que conforman la región. En 29 de ellos se concentra la mayor población indígena, entre los cuales están Juchitán y Tehuantepec. El 70 por ciento de los grupos étnicos se ubica en 7 municipios básicamente: Juchitán, San Blas Atempa, Unión Hidalgo, Asunción Ixtaltepec, Ciudad Ixtepec, Santa María Xadani y Santo Domingo Tehuantepec; tan solo en Juchitán se halla el 40 por ciento.

Tehuantepec ha sido desde el período prehispánico, el centro poblacional más importante de la región. Otra característica de este grupo étnico, es que al menos el 60 por ciento se localiza en zonas urbanas. Es, afirma Acosta, el principal polo comercial de Oaxaca.

Así fue como después de una ardua jornada de trabajo en día domingo, muertas de calor después de la clase con los maestros indígenas, nos montamos de nueva cuenta en su chevy para dirigirnos a uno de sus lugares favoritos en Juchitán - Irma es una mujer que no tiene días de descanso, dado que desempeña actividades como profesora en la Universidad Pedagógica Nacional del Istmo, además de cumplir con múltiples actividades y compromisos con la literatura y cultura zapotecas. Por las tardes, Irma comparte tiempo con su hijo y en definitiva, destina horas a la creación literaria, actividad que le demanda mucha disciplina. Irma no espera los momentos de inspiración sino que ha hecho de esta actividad

un oficio. “Mis maestros me decían que cuando llegara la musa era indispensable que me encontrara trabajando”. La literatura, y la escritura requieren dedicación y constancia.

Y qué mejor remedio para el extenuante calor del Istmo que una “chela” bien fría. Llegamos entonces a otro de los bares que ella frecuenta, donde fuimos recibidas de una manera especial, pues Irma es una mujer reconocida, respetada y valorada por sus paisanos. Entre música y botanas – como los huevos de tortuga, que como buena juchiteca Irma degustó plácidamente, que son parte de la excéntrica gastronomía de la región, al igual que la carne de iguana y la de armadillo- continuamos conversando ampliamente sobre la importancia de la mujer zapoteca en la vida comunitaria.

Fuimos interrumpidas eventualmente por sus conocidos quienes con placer y reconocimiento la saludaban, muchos en zapoteco, entre ellos un par de amigos especiales, ya casi ancianos y aunque sin dientes pero sonrientes, tomaron nuestras manos dándoles un fuerte apretón. Ellos formaban parte del Trio Xhavizende con más de 40 años de tradición en el Istmo. Hoy solo quedan dos. Dos viejos con sus guitarras, esperando trascender la muerte a través de su música, del cantar zapoteco.

La mujer zapoteca en la música Istmeña.

Y a propósito de la música istmeña, característica fundamental de los festejos zapotecas, cabe mencionar que durante más de 150 años, las mujeres han sido vistas como musas inspiradoras, como seres dignas de admiración y de homenaje. La mujer zapoteca es, sin duda, un tema recurrente dentro del repertorio de la música istmeña; pero sin tener una participación ni como compositoras, ni como intérpretes. Es necesario recordar, entonces, como lo señala José Lorenzo Flores (2009: 37) “el patriarcado atribuye como rol

socialmente aceptado de la mujer en el arte, el ser musa inspiradora, intermediara entre el sujeto artista “masculino” por naturaleza y el arte”.

Tehuana de voz de seda y cadencia de palmeras
Luciendo tu resplandor eres diosa verdadera
eres flor muy especial, no te encuentras donde quiera
y Babilonia te envidia, tenerte en sus jardines quisiera.

Tehuana encantadora de labios color de fresa
Huipil y enagua bordados cuál dignos de tu grandeza
Tus listones de colores y flores en la cabeza
y tu andar con zapatillas, ¡Qué cadencia, qué belleza!

Tehuana, paisana mía, si vieras que orgullo tengo
Que en tu sangre va la savia de cocoteros y mangos
y danzas como palmeras si te tocan un fandango
eres diosa de mi raza, eres reina de abolengo
eres la mujer más bella como varón lo sostengo

Juan Ramírez (Tehuana, hermosa)

Hasta hace algunos años, las mujeres tenían un lugar definido distinto al mundo del arte y literario; su conocimiento se transmitía solo oralmente y era limitado a la casa y en algunos casos al interior de su comunidad. Son ellas las que encabezan las ceremonias más importantes de la vida comunitaria y por lo tanto, las poseedoras de una gran sabiduría. Ellas pueden hablar de temas que para los varones es imposible, como el de la maternidad, la vinculación profunda con la naturaleza, el quehacer de las parteras, sabias y curanderas, los sentimientos humanos desde el lado femenino, y evidentemente el papel que juegan dentro de sus comunidades

Si bien los ámbitos del arte, la música y la literatura han sido restringidos para las mujeres, como lo ha sido el de la política, ahora, gracias a la aparición de movimientos de resistencia de los pueblos indígenas y su lucha por ser y reconocerse como los protagonistas de su propio desarrollo, las mujeres indígenas han empezado a ocupar espacios importantes en este terreno. Las lenguas indígenas a través de la literatura han comenzado a ganar presencia en el panorama nacional e internacional. Las mujeres son ahora las representantes de esta lucha por el fortalecimiento de los pueblos y la defensa de las culturas indígenas.

Es justamente, hoy por hoy, Irma Pineda una máxima representante de ello; es una mujer que ocupa un lugar importante en el desarrollo cultural de Juchitán, del Istmo de Tehuantepec, de México y el mundo. Es portadora de la voz de su pueblo, sus raíces y sus tradiciones. A donde quiera que vaya, es digna de respeto, admiración y reconocimiento.

Las Fiestas

Finalmente, después de haber saboreado algunos totopos con quesillo, a manera de entrada, nos dirigimos al tradicional Callejón de los Pescadores, donde viven su madre, Doña Cándida, y su abuelo Don Antonio. Así como su nombre, ella es simpática, noble y dicharachera. De inmediato nos preguntó si ya habíamos comido.

-Una botana nada más, dijo Irma.

Y ahí estaba Don Antonio, adormilado en la mecedora, en el amplio patio, recibiendo el sereno de la tarde, arrullado por el viento. ¡Ah, plácido el viento de este lugar que acaricia las palabras y las convierte en poesía! Aunque de 82 años,

Don Antonio se encuentra lúcido y bien macizo. No pude resistirme a hacerle compañía mientras Irma estaba con su madre en la cocina.

Apenas si cruzamos unas palabras; él continuó en su letargo de eternos atardeceres, escuchando el canto de las hojas caer sigilosas de los árboles. Yo, cómo él, cerré los ojos y me arrullé en la mecedora como una niña; apacigué, por un momento que pareció eterno, los pensamientos. La sombra de los árboles se deslizó entre las ramas, acariciando mi rostro.

Él, el abuelo, es quien a través de sus recuerdos, de sus experiencias de vida, ha dado a Irma Pineda, su nieta, un tesoro: el hablar de la lengua eterna, la lengua zapoteca, venida del corazón de los hombres mortales. Es de él, de quien Pineda ha tomado el conocimiento y se ha inspirado para convertirse en poeta.

Salió Irma de la cocina y me dijo - ¡Vamos a comer!

El plato fuerte consistió de unas deliciosas enfrijoladas de pollo, acompañadas de unos plátanos machos fritos, preparados por las manos de Doña Cándida, exquisitos hasta el grado de quererse "chupar los dedos". Ya en la sobremesa, conversábamos.

-¿Vas a ir a la fiesta? -preguntó a su hija.

-¿Cuál fiesta?

-La de tu padrino.

-¿Cuándo es?

-Mañana.

-No, es lunes. No creo. Tengo que preparar mis cosas para irme a Tlaxcala

- replicó Irma.

-¿Mañana lunes? -dije.

-Sí -respondió Doña Cándida-. Aquí hay fiesta todos los días. Pero luego, no es posible ir a todas. Siempre hay que llevar algo: ya sea un regalo o una botana, o un cartón de cervezas. Lo que representa al menos unos doscientos pesos, y la verdad es que no sale el gasto para ir a tantas, pero sí consideramos asistir a las de nuestros parientes o amigos más cercanos.

Son, pues, la conversación, la convivencia en la vida cotidiana, pero sobre todo las fiestas, los tres elementos básicos del mundo juchiteco y el principio de inclusión de quienes pretenden formar parte de él o al menos tener un acercamiento al qué y cómo de los zapotecas.

Y así andan las paisanas, bien arregladas con sus enaguas y bellos huipiles, maquilladas luciendo sus trajes bordados y joyas de oro, con su regalo en la mano, acompañadas o solas; se suben a las carretas, sosteniendo sus enaguas con el refajo para no arrastrar sus holanes y llegar impecables a la fiesta. Sea domingo, lunes o viernes, siempre hay fiesta: el bautizo, el cumpleaños, los quince años, o una boda. Altivas y elegantes a ellas asisten, bailan, platican. Ya se cierran las calles, por un lado y por el otro; no es posible pasar, las calles se convierten en coloridos salones de fiesta. Son, las fiestas la corroboración de la identidad zapoteca, símbolo del gozo y la alegría que caracteriza a esta gente. Es el momento en que el espíritu de los hombres y las mujeres se pone de manifiesto.

En Juchitán hay muchas fiestas, todas ellas para festejar cada uno de los momentos significativos del ciclo vital, así como fiestas comunitarias para festejar otros momentos cívicos o religiosos.



Las velas

Son, sin duda, las velas los festejos más importantes en el istmo, y en definitiva, el momento de mayor protagonismo de las mujeres zapotecas.

Así tenemos que la vela tiene dos connotaciones:

- 1) La de pasar la noche en vela
- 2) Labrar las velas para el altar de un santo

Respecto a estas dos connotaciones, Covarrubias en su libro *México South*, describe a las velas de Tehuantepec de la siguiente manera:

“El aspecto profano y moderno (...) que tenían las “Velas” ha hecho olvidar sus orígenes sagrado y prehispánico; sin embargo, es posible que desde fuera, desde fines del siglo XIX o principios del XX, cuando el escritor oaxaqueño, Manuel Martínez Gracida buscó establecer sus orígenes en los rituales de la religión indígena mesoamericana. “Las velas son celebraciones nocturnas testimonio del sincretismo religioso en Tehuantepec; la “vela Biaza” celebra la resurrección zapoteca-primavera y la natividad de la virgen María; “la vela Bini” se dedica a Centeótl, dios de las mieses-verano, y a la virgen del Rosario; la “vela Paloma” se ofrenda a Xochiquétzal, doncella que se prepara para el matrimonio, o las parteras-otoño, así como a la virgen de la Concepción; finalmente la “vela Fragua”, se dedica a Xiuhetecutli, dios del fuego, quien da calor, a pesar del hielo-invierno, a la Natividad del Señor”. (Dalton, 2010:245).

Las hay de diversos tipos; algunas, como la Vela Cinco conmemora la derrota del ejército francés, es decir es de carácter cívico y heroico. No importa el motivo por el cual se esté celebrando la vela, lo importante es acudir a ella como toda una reina, y “lucir lo que se tiene”, señalaron las mujeres entrevistadas por la autora.

La vela es un pretexto para muchas otras actividades que tienen que ver con el control social. En este sentido, Dalton indica que todo lo que está alrededor de los preparativos, como las invitaciones, son parte de un tejido social, activo y solidario. El momento de acudir a las casas de las amigas, de los compadres, a realizar la invitación de forma directa, es cuando se ejerce el poder informal y uno aprovecha para enterarse de todo, de la información cotidiana, doméstica y política.

Como ya se dijo, el chisme es una de las formas de ejercer el poder familiar, social y político; el pretexto es cualquier actividad organizativa mayormente relacionada a los festejos, por muy pequeños que estos parezcan. Se

menciona el caso de Juchitán, en donde se han utilizado las celebraciones como puente para impulsar la candidatura de algún hombre o mujer para ocupar la presidencia municipal, por ejemplo.

En esta región, refiere Dalton (2010), el traje, las joyas y las flores muestran el interés y la imaginación creativa de las portadoras de los mismos, en cuya elaboración y exhibición se invierte tiempo, dinero y esfuerzo. El oro es lo que resalta a la vista. Es la forma de representar la riqueza y la capacidad de acumular.

Las mujeres zapotecas disfrutan el escenario de las fiestas que les permite admirar y ser admiradas; y en las velas y las mayordomías, la demostración y actuación se lleva a cabo: la exhibición y el goce de la fiesta corrobora el tejido social de reconocimiento y prestigio.

Todas las ceremonias se relacionan entre sí y conforman el tejido que caracteriza la estructura social de la identidad zapoteca, en donde la participación de todos juega un papel importante. En la fiesta se pone de manifiesto el espíritu gozoso de todos; en ella, una tras otra, todos bailan, ríen, beben y comen hasta extasiarse. No importa si se está cansado, lo importante es asistir a la fiesta, formar parte del protagonismo social. (Dalton, 2010).

Es en la organización de las velas donde se propicia el acto colectivo de todos. Se establece el espacio comunitario y cooperativo en el que se concentran los esfuerzos para llevar a cabo la celebración de las fiestas patronales, en el mes de septiembre, o bien las que representan los ciclos de la cosecha, en mayo.

En esta descripción acerca de los festejos, Dalton (2007) no pretende hacer una descripción histórica, sino señalar una identificación sobre el rol de los sexos, así como la identidad étnica y de género.

El honor y el prestigio de las mujeres, de los que hemos venido hablando, tienen que ver también con el cumplimiento de las actividades sociales; desde una simple fiesta de cumpleaños, hasta una magna fiesta como las velas. Así, reafirma la autora, las velas representan las fiestas por excelencia y cohesionan al grupo zapoteco del Istmo porque se trata de un acontecimiento en el que todos participan.

“Se puede decir que las ceremonias del ciclo de vida, las velas y lo que en ellas acontece son una forma de construir, reafirmar, auto valorar y transformar la identidad zapoteca de manera constante y paulatina. Se invierte mucho dinero en un acontecimiento de esta naturaleza y para que todo salga como se espera, debe haber una transparencia impecable en la utilización de los recursos, lo que significa cooperación y ahorro previo para los mayordomos”. (Dalton, 2010, pag. 242).

El baile

El baile, en las velas, es la exhibición más acabada para ratificar la identidad de la mujer, su presencia protagónica, su amor propio y la fuerza que tienen en la sociedad del Istmo de Tehuantepec.

Los roles sexuales en los bailes de la vela están muy bien establecidos; las mujeres saben cómo, cuándo y con quién bailar. Para tomar cerveza se hacen círculos diferentes; en muchas ocasiones, las mujeres, aunque casadas, acuden solas al baile pues “hay que cumplir” con el compromiso social. Esto sucede conforme previo acuerdo con el marido.

En la vela, por regla general, el baile se abre con un son; en ocasiones bailan hombres y mujeres, pero en muchos de los casos las mujeres bailan entre ellas para lucir sus espectaculares atuendos bordados de rebosantes colores y

motivos florales que impactan a cualquiera; es motivo de la fiesta y parte del juego, lucir despampanante en ella.

El atuendo, el peinado y el oro, utilizados en las celebraciones de las velas, representan el poderío de las mujeres del Istmo. Son el símbolo del reconocimiento social tan importante en la cultura de los zapotecas.

El vestuario lo conforman el huipil, la enagua y el holán, reconocidos como parte de la identidad femenina de las zapotecas del Istmo. La creación del traje regional tehuano, desde la tela hasta el bordado, constituyen parte de una industria textil regional que por tratarse de trabajos especializados es actualmente reconocida a nivel internacional.

Sin embargo, aunque las velas constituyen los festejos de mayor importancia y requieren de una capacidad organizativa más estratégica, en Juchitán, las fiestas son todos los días.

El atuendo

La planeación de las fiestas no está separada del qué y del cómo se va a vestir en las velas o en otro tipo de celebraciones menores durante el ciclo de vida de las mujeres, lo cual forma parte de la construcción de su autovaloración.

Desde pequeñas, las niñas son educadas para aprender a vestir “bonito” en las celebraciones, hecho que salvaguarda el prestigio de la mamá. El traje de las niñas, sin importar la celebración de la que se trate, debe estar acompañado de aretes y cadenita de oro.

Como ya se ha dicho, las mujeres manejan parte importante de la economía del mercado, y las ganancias adquiridas, producto de su esfuerzo, no sólo son

invertidas en la educación de los hijos y de la familia, sino en trajes llamativos y joyas de oro que significan el prestigio y el reconocimiento de sus familias. Asistir a las velas bellas, despampanantes y bañadas en bellas joyas labradas en oro, es una forma de vanagloriarse y mostrar el fruto de su trabajo.

A la mujer zapoteca le gusta hablar de su atuendo; es una forma de ejercer presión social, por lo que en las velas el tema preferido es hablar de los trajes y de quién y cómo fue o va vestida de tal o cual manera, es decir, es de suma importancia cuidar la presentación. Parte importante del atuendo, es el peinado, que debe ir acorde al traje y presencia de quien lo porta.

Para los hombres es de suma importancia que sus acompañantes, sean sus esposas, hermanas o amigas, vayan bien arregladas, luzcan sus trajes y llamen la atención en la fiesta; de la misma manera, las mujeres se visten para que su marido las presuma, pero también para que otras mujeres las admiren y comenten sobre ellas y sus trajes.

“Camina el hombre con guayabera blanca, sosteniendo el brazo doblado, donde se apoya su mujer, que llega esplendorosamente vestida, “como reina”; juntos entran al baile y todo el mundo los observa. Él la acompaña a sentarse en la mesa donde la están esperando y luego se retira a conversar y beber con sus amigos”. (Dalton, 2010, pag.263).

La indumentaria y el adorno son parte importante de la construcción de la identidad femenina. La mujer zapoteca ha puesto en el traje y en la forma de usarlo especial esmero. Utilizar trajes antiguos, del siglo XVI por ejemplo, es motivo de especial distinción en las fiestas.

Los trajes, refiere Dalton, no son solo un reflejo de la importancia que la mujer del Istmo ejerce en el comercio, sino que representa un valor de intercambio

frente a los otros grupos étnicos de la región cuyas relaciones representan ejercicios de poder, donde en muchos casos predomina el sentido de superioridad que reflejan hacia afuera.

El oro

No obstante que las mujeres controlan la economía de la región, ellas no son poseedoras de bienes como tierras, casas, empresas o ganado, pero sí de joyas y monedas de oro y suntuosos trajes. El oro empezó a ser de uso común para las mujeres zapotecas istmeñas hace más de cien años; sus joyas más representativas están elaboradas con monedas de oro. Ciertamente, el uso del oro tiene un valor histórico y económico, pero entre los zapotecas es más importante el prestigio social que significa su uso.

“Si en otros lugares ser clasificado como “indio” constituye un estigma que cierra el paso al ascenso social, que significa ser excluido del medio donde se reparten las posiciones económicas y políticas más ventajosas, en el Istmo este proceso es más complejo por el arraigo de una cultura que se autorepresenta y se nombra con significados de valor que se demuestran continuamente en la defensa de sus tradiciones y en la construcción de las mismas como estrategia para fortalecer su identidad”. (Dalton, 2010, pag.268).

La idea del oro como símbolo de seguridad va más allá de la concepción general en el mundo; tiene un papel trascendente, un valor social que incluso puede ser reconocido más allá de las fronteras zapotecas.

Andrés Henestrosa comenta al respecto:

“Las juchitecas, las tehuantepecanas, las istmeñas en general, ahorran desde niñas adquiriendo prendas de oro con las que, cuando mayores, harán sus

joyas; en tanto las guardan para que en algún momento de apuro, las empeñen o vendan para aliviarlo. Por eso quizá para que no se hieran las protegen con un cincho, también de oro del que las desprenden cuando llega la ocasión.” (Dalton, 2010: 271).

Desde niñas, las mujeres son enseñadas a trabajar, a comerciar para ganar dinero y comprar oro; el que van a lucir en las velas o les servirá para sacarlas de un apuro. En las fiestas si se luce oro y se va bien vestida es porque se ha trabajado duro para mostrarlo.

Es decir hay una relación intrínseca entre el oro y el trabajo, no se concibe que alguien flojo o perezoso goce de prestigio social; éste, dicen las mujeres del Istmo, “hay que ganárselo”.

“El oro vale por el trabajo, por la dedicación y porque se sabe que se puede tener oro porque se ha tenido con qué”. (Dalton, 2010:273).

En este sentido, Pineda reafirmó que efectivamente lucir un traje y joyas de oro habla de la capacidad administrativa de la mujer. “De su capacidad de trabajo, ahorro e inversión. Una mujer que no tiene oro, no sabe trabajar, ni ahorrar. Aquí se confía más en el oro que en los bancos. Hace cuatro años, inducida por mi abuelo, compré un centenario en doce mil pesos, hoy su valor es de treinta mil. Puedo empeñarlo o venderlo en caso de tener una emergencia. Es algo que se fomenta al interior de la familia, la tía, la abuela, el abuelo inducen a las hijas, a las nietas a comprar oro y estar al pendientes de los precios y fluctuaciones del mismo. Lucir un traje y llevar oro es reflejo de que la mujer sabe trabajar, ahorrar e invertir, pero también quiere decir que el hombre también trabaja, también aporta. Es también un reconocimiento para él, que su mujer vaya bien vestida a la fiesta”. ¿Ya viste cómo va vestida la mujer de fulano de tal? - chismorrear las mujeres por ahí.

Y es que a las mujeres zapotecas les gusta comentar, sobre todo, si caminas bonito o feo. Es así como construyen una memoria de las experiencias de vida de las personas cercanas a ellas. Se forman sus antecedentes de vida familiar. Es un lugar dónde todo mundo "se conoce" y es precisamente el hecho de hablar del otro y de los otros lo que determina el comportamiento de los individuos, con sus respectivas connotaciones para hombres y mujeres y que necesariamente influyen en la identidad individual y colectiva.

-La importancia de que la mujer vaya bien vestida a las fiestas, se hable de ello y el hombre se jacte de este hecho, es debido a la creencia de que en el Istmo son solamente las mujeres las que trabajan, porque se tiene la imagen de que el hombre se la pasa acostado en una hamaca y no contribuye al gasto familiar, pero esto no es así-, explicó Doña Cándida.

-El hombre se va desde muy temprana hora a la pesca o a la siembra, regresa luego con el producto encontrado o trabajado, entonces la mujer se va a venderlo al mercado. El hombre, después del trabajo arduo en el campo, en el mar, necesita descanso pues se trata de un trabajo muy pesado. Por eso, se echa en la hamaca un par de horas. Aquí en el callejón de los pescadores, vivían todos ellos, se les veía echados en la hamaca, por eso se cree que la mujer es la que trabaja, pero el hombre también. Ahora ya no hay pescadores, ya viven aquí sus hijos o sus nietos, que ya son profesionistas.

-Es por eso, que en los mercados, en Juchitán, Tehuantepec, Ixtepec, destaca la presencia de la mujer; ahí nunca falta el pescado fresco, ahumado, el tamal de frijol, el de dulce y el de elote, los totopos de panela, de coco o simples, y la iguana con sus deliciosos huevos en salsa de tomates, el queso fresco, seco o el tradicional quesillo, la crema para los frijoles. Frutas y verduras de todo tipo.

Ahora -explicó Doña Cándida- no es sólo un centro de comercio en el que predomina la figura femenina, también los hombres venden en el mercado, cosa que antes no sucedía y que en definitiva surge como una muestra más de esta transformación de los roles en cuanto a la división del trabajo se refiere.

El oro es también un recurso para enviar a los hijos a la escuela a estudiar en la universidad de Oaxaca o bien a la ciudad de México, y sirve como medio para solucionar cualquier emergencia o un gasto imprevisto.

Para las mujeres, poseer oro es una defensa de sus logros, es una manifestación de la acumulación de su trabajo, es un ahorro. El oro les pertenece y les da seguridad, ellas lo poseen, y en caso de necesidad lo comparten con la familia.

“El carácter y la personalidad de la mujer zapoteca se manifiestan en su indumentaria, que incluye el oro que posee. El oro es importante pero, el trabajo es lo que les permite cierta libertad económica, desempeñando un papel de protagonistas en las actividades sociales, culturales y políticas.” (Dalton, 2010: 281).

“Matriarcado zapoteca “mito o realidad”

Para algunos investigadores y antropólogos, la autovaloración y la autoridad social y familiar ejercida por las mujeres zapotecas hace pensar que existe en esta región del país un matriarcado, sin embargo hay varios elementos que se contraponen.

A pesar de que las mujeres son el eje central de la economía, la cultura y la tradición zapoteca, existen una serie de comportamientos, sobre todo centrados en la vida sexual de las mujeres que transgreden sus valores, personalidad e

identidad, tales como la comprobación de la virginidad, condición necesaria para las alianzas matrimoniales; la violencia intrafamiliar, la doble moral sexual, concernientes a la institucionalización de la homosexualidad y de la “casa chica”, esto es, el consentimiento del hombre a sostener a otra familia fuera del matrimonio, en tanto la infidelidad en la mujer es reprobada, castigada y consignada socialmente.

Se dice que en Juchitán existe un matriarcado contemporáneo debido a que la sociedad gira en torno a dos elementos principales: la figura de la cultura de la “madre fuerte” y “la economía de la reciprocidad”. El primero se refiere a que las actividades que realizan las mujeres son consideradas socialmente importantes, no a pesar de que “ellas lo hacen” sino porque “ellas lo hacen”. Es decir, a una sociedad matricéntrica, centrada en la madre.

El otro es en torno al sistema económico juchiteco de producción de subsistencia, autoconsumo y sostenibilidad. Se trata más bien de un sistema de prestigio social basado en la acumulación y en el sistema de fiestas. En la construcción de una red de solidaridad sostenida en los rasgos de parentesco.

Miano, en sus diferentes investigaciones sobre las mujeres del Istmo, se contrapone a los autores que afirman la existencia de un matriarcado y señala que el poder de la madre solo se restringe a ciertos espacios como el hogar, el mercado, o a ciertas mujeres que ya han demostrado su abnegación maternal, han cumplido con la “costumbre” y ya no están en período fértil. Las madres jóvenes por ejemplo, son dominadas por sus suegras o por su propia familia. En tanto las mujeres sin hombre o sin hijos, son consideradas incompletas.

Con respecto a la economía de auto subsistencia, la autora afirma que el sistema económico de las zapotecas no se diferencia de ningún otro, y lo define como una sociedad mercantil en términos marxistas, es decir, que el excedente

generado como producto de su trabajo, y que es bastante considerable, les permite no sólo ser autónomas económicamente sino además destinar sus ganancias al sistema festivo, a mejorar sus negocios o bien a la compra de oro.

En tanto, la denominación de que la zapoteca es una sociedad matriarcal no convence a Dalton, quien entiende que el concepto del matriarcado está construido “metodológicamente”, para describir la fuerte presencia de las mujeres zapotecas en la vida social, cultural y comercial del Istmo y es, al mismo tiempo un concepto cargado de contenidos ideológicos que tiene hondas raíces en una conceptualización patriarcal y que, según la autora, no corresponden a las experiencias de vida de las mujeres de la región; se trata más bien de un concepto mitológico construido en el imaginario colectivo. (Dalton, 2010)

Miano optó por alejarse del concepto matriarcal y en su investigación hizo un esfuerzo por abordar el estudio de la sociedad zapoteca desde la consideración de sus orígenes culturales y los procesos de cambio socioeconómicos correspondientes a los ciclos vitales. A través de un análisis profundo del sistema de organización genérica de hombres y mujeres dentro de sus múltiples y complejos ámbitos de interacción, logró describir las características del mismo de una forma específica.

El prestigio del que gozan las mujeres zapotecas tiene una explicación lógica justamente en los procesos de los ciclos de vida, los cuales son descritos por Dalton y Miano, cada una a su manera, pero presentando ambas repetidas coincidencias sobre la vida de la mujer zapoteca, desde su nacimiento hasta su muerte.

Los ciclos de vida

La sociedad zapoteca se manifiesta en rituales, en ceremonias íntimamente ligadas a los ciclos de vida y al calendario o calendarios sagrados, ciclos de la tierra de la preparación, la siembra, la cosecha y el descanso. Las ceremonias y las fiestas enmarcan el aprendizaje de la tradición y la cultura. Por eso en el Istmo siempre hay fiestas, reuniones y celebraciones familiares; es en todos estos momentos en donde se fijan reglas de actuación y se establecen comportamientos según los roles sexuales. Es decir, son momentos claves para saber qué es lo que se puede y no se puede hacer.

Y desde muy temprana edad se marcan comportamientos establecidos y potencialmente diferentes entre niñas y niños, quienes se desarrollan en espacios excluyentes. Entre los ocho y diez años, las niñas están destinadas a ir al mercado o vender productos de casa en casa para contribuir a la economía doméstica, mientras que los varones están desligados de las labores de las casa y se les induce al aprendizaje de oficios, o a lo que se llama “trabajo de hombre”.

Durante la pubertad la mujer debe permanecer cerca de la madre, para vigilar que no se le falte al respeto, en tanto el hombre pasa la mayor parte del tiempo fuera del hogar, dónde aprende del sexo a través de los chismes entre los más grandes.

La preferencia en los estudios la tienen los hombres y a las muchachitas se les educa para defenderse de la vida a través del comercio o bien del matrimonio. Incluso el oro, que debería ser herencia de las hijas, es utilizado por las madres como recurso para costear los estudios de los hermanos. En muchos casos las mujercitas están subordinadas a los hermanos.

Es en el noviazgo donde se establecen las alianzas matrimoniales -la mujer está obligada a comprobar su virginidad- dependiendo en muchos de los casos de la influencia del grado de prestigio y poder económico de las familias involucradas. En el caso de las familias no adineradas, la novia se va a vivir a casa de la suegra y queda bajo la subordinación de ésta.

Los hombres no participan en las labores de la casa; quienes “lo hacen” son tachados de “mandilones” por las mismas esposas, madres y suegras. La casa es el espacio de poder de las mujeres.

Las anteriores son algunas de las características del sistema sexo-género de los zapotecas fundamentado en los ciclos de vida.

El poder y el orgullo de las mujeres zapotecas adquirido durante los rituales correspondientes al ciclo de vida, son el sustento de la identidad individual y colectiva del Istmo de Tehuantepec.

Cabe mencionar que el poder que ejercen las zapotecas, además del mercado y la casa es también sobre otros grupos étnicos de menor número y presencia de la región como los zoques, mixes, chontales, huaves o ikoods. Ellas acuden a estos pueblos a traer mercancía para revenderla a precios mucho más elevados de los que fueron adquiridos.

En la región del Istmo (Acosta, 2007) hay una población aproximada de 546, 288 personas y más del 50 por ciento son originarios del Istmo, en donde siete de cada diez hablantes se desenvuelven en zapoteco.

A diferencia de otros grupos étnicos, los zapotecos se distinguen no sólo por su particularidad etnolingüística. Integran también una identidad diferenciada

con otros grupos indígenas de la región y del resto del país por sus características históricas, culturales y socio-económicas únicas.

Retomando el eje fundamental de este apartado, Miano, considera que pese a la hegemonía social y económica de las mujeres, las zapotecas sufren de subordinación en espacios muy significativos:

1. El control social de la sexualidad de la mujer es mayor que en el hombre, la moral sexual es más permisiva para los hombres, y son menos aceptadas las *nguiu* (marimachas) que los *muxe* (homosexuales).
2. La mujer está obligada a comprobar su virginidad, de lo contrario es rechazada socialmente.
3. La institucionalización de la “casa chica”.
4. En el hogar también se desarrollan prácticas que cargan a las mujeres de mayores responsabilidades que a los hombres.
5. La subordinación se percibe en la diferenciación del proceso de “socialización primaria por género”, donde en la infancia el niño goza de más libertad y la niña debe ajustarse a ciertas obligaciones y responsabilidades.
6. La violencia intrafamiliar.
7. Los espacios de poder político formal están restringidos para las mujeres, lo que contrasta con la alta participación de ellas en movimientos políticos y sociales
8. En el ámbito de la alta cultura y de la política se observa la clamorosa ausencia de las mujeres en las artes institucionalizadas, algo que resulta paradójico, pues son ellas (junto con los *muxe*) las protagonistas de las artesanías tradicionales de Juchitán.

Es así como podemos concluir que en definitiva, no existe en el Istmo de Tehuantepec un matriarcado. Sin embargo más allá de negarlo o afirmarlo lo importante aquí es rescatar los elementos que lo constituyen en su esencia pura. Y tomar la teoría del matriarcado como una propuesta para iniciar un cambio social viable. Desde los términos de igualdad y respeto a los otros como culturas diferenciadas que habitan la tierra, así como por el medio ambiente, retomando el simbolismo del “culto a la madre tierra” como proveedora de los elementos fundamentales para la existencia humana, tan arraigada en la cosmovisión indígena. Empezar a construir, o mejor dicho reconstruir, una sociedad fundamentada en la cooperación, la equidad y la justicia. Una sociedad tal vez prospectada hacia un horizonte “utópico” en la que no existan jerarquías de poder en base a criterios de género, económicos, étnicos o de opción sexual.

La boda zapoteca “El rito de la desfloración”

Otro día más transcurrió en mi papel como testigo en la vida de Irma Pineda. Siempre calma, dispuesta, generosa, sencilla. Una mujer que inspira respeto, es así como ella trata a las demás personas, sin importar credo o nacionalidad. Es sin duda; un privilegio, un alimento para el alma, compartir tiempo con esta poeta indígena zapoteca contemporánea.

Tocamos entonces un tema muy especial que al exterior ha generado mucha controversia respecto de la mujer zapoteca, y que se contrapone a esta imagen de fortaleza y dominio de las féminas en el Istmo: la comprobación de la virginidad, mejor conocido como el “rito de la desfloración”.

Dentro de los conceptos de honor, identidad, género y etnicidad, el tema de la sexualidad ocupa un lugar preponderante para el análisis crítico del discurso. A este respecto Dalton cuestiona: ¿Por qué centrar el valor de la mujer en el himen?

Y es que, a pesar del dominio que ejercen las mujeres en el comercio, en el mercado y en las fiestas, en cuanto a la sexualidad se refiere, las cosas son distintas: las mujeres que no llegan vírgenes al matrimonio son estigmatizadas. Este hecho aún arraigado en la sociedad zapoteca, tiene su origen en la época colonial y la Inquisición. Se obligaba a las jóvenes a conservar la virginidad porque de esta forma se podía establecer la familia, el patrimonio y la sociedad patriarcal. Fue impuesta principalmente a los hombres, ya que era la única forma de garantizar su paternidad y “heredar” su patrimonio, solo a las y los hijos legítimos. En México, afirma Dalton, la virginidad y la abstinencia sexual de las mujeres está ligada a estructuras sociales europeas de alto grado de represión.

Sin embargo, para las mujeres, dentro de su “cultura de género”, la virginidad tiene una connotación distinta. Tal pareciera, refiere Dalton en sus investigaciones, que las mujeres están totalmente de acuerdo con la comprobación de la virginidad, ya que ellas son las protagonistas y partícipes en el rapto previo al casamiento. Son las mujeres de ambas familias las que juegan un papel preponderante en la comprobación de la virginidad, como lo menciona Marina Meneses:

“Cuando el rapto ocurre, casi siempre la familia del novio está sobre avisado y ha dado su aprobación, lo que significa que está dispuesta a realizar los diversos preparativos y menesteres, como acondicionar el espacio físico para la relación sexual, hacer estallar los cohetes que notificarán a los vecinos -tanto del novio como de la novia- que ya “huyeron y todo salió bien”, ir a dar aviso a la casa de la novia para que manden a su gente al festejo del medio día, contratar una banda de música, comprar cervezas y hacer las coronas de flores que se obsequiarán a la gente de la novia para que se las pongan en la cabeza a su regreso. En la casa de la novia, con un poco más de sorpresa, se acostumbra avisar a los vecinos e invitarlos para conformar una comisión que irá a dar fe de lo

ocurrido y a demostrar fortaleza, la cual será necesaria al negociar las condiciones de la boda al día siguiente”. (Dalton, 2010:203).

En el Istmo la comprobación de la virginidad es una tradición que persiste; entonces ¿cómo se puede hablar de un “matriarcado” en una sociedad en la que la comprobación de la virginidad es un concepto que está íntimamente ligado a un sistema patriarcal que ejerce el poder en todos los aspectos posibles?

En este sentido, nuevamente Meneses da a este tema otra connotación: “Como hemos dicho, este ritual permite a la mujer asegurar su existencia maternal y social y de alguna forma protege a las muchachas del hostigamiento o asedio de los hombres. Por eso es de fundamental importancia que la mujer valore su cuerpo, pues representa su seguridad. No cualquiera puede tomar aquello que implica el valor de una mujer, o más bien, que constituye el símbolo de su autovaloración. No es que ella valga por su himen, sino que para que un hombre abra su flor debe demostrar que la valora mediante su disposición a asumir un compromiso. El primer paso de este compromiso es justamente ese ritual que permite sellar los acuerdos posteriores, considerando siempre las condiciones de la mujer, quien podrá apoyarse en su “gente”. (Dalton, 2010: 294).

La comprobación de la virginidad es pues una cuestión de honor, de prestigio, dignidad y reciprocidad. Se trata de un ritual a través del cual se construye una identidad étnica y el género femenino. Sin embargo es también válido cuestionar hasta qué punto, la sexualidad y el género se han convertido en una estrategia de lucha por el poder.

En el trabajo de Iturbide (Campell y Susan Green 1999:101) se presenta una foto de una muchacha virgen recién desflorada, la cual es retratada en toda su pena echada en una cama de blancas sábanas manchadas de sangre, cuyo

cuerpo aparece cubierto de flores ceremoniales rojas, la cuales celebran su estatus virginal mantenido hasta la reciente consumación de su matrimonio.

La combinación que hace Iturbide de las fotografías que retratan a las mujeres zapotecas alternativamente como vírgenes pasivas o Amazonas triunfantes, refleja la tendencia de los observadores de ver a las mujeres del Istmo en términos de los clásicos dualismos occidentales.

Las muchachas se casan desde temprana edad, después de un largo cortejo de parte del novio y en general un noviazgo corto.

La muchacha cortejada debe recibir la aprobación de la madre del novio; ésta depende de los intereses partidistas de las familias involucradas y también de la posición económica de la que goza la familia de la novia.

Así mismo este estudio destaca que en la generalidad las mujeres se casan con hombres del mismo grupo étnico, es decir, zapotecas, o en su caso algunas de ellas tienen preferencia por fuereños, de otros estados o países pero nunca eligen a un varón perteneciente a un grupo étnico menor, como los huaves, mixes o chontales como ya se había expuesto con anterioridad, y es justamente sobre estos grupos que los zapotecas ejercen su poder.

Desde el punto de vista de Miano, la comprobación de la virginidad tiene otro sentido y da su propia versión del proceso de este rito:

Dentro de las familias tradicionales es todavía común el robo de la novia o bien la huida, sin embargo esta acción no es ajena a los padres, ya que se realiza con el fin de comprobar la virginidad de la novia, lo que se conoce como el rito de la desfloración, en el que esa noche el novio introduce su dedo dentro de la vagina

de la mujer para romper el himen y manchar con su sangre un pañuelo blanco que es expuesto a la vista de todos los familiares y amigos.

Aunque dentro de la cultura zapoteca este hecho tiene una explicación lógica, como una forma de defensa para obligar al varón a cumplir con sus responsabilidades, representa sin duda una fuerte violación a la intimidad de la mujer, quien hasta ese momento había cuidado tan celosamente su cuerpo, el cual se esperaba fuera tocado con delicadeza en un acto de amor, y no de una forma tan brutal tan solo para ratificar el “honor de la familia del novio en un acto tan hostil” (Miano,1999).

Para esta autora, la comprobación de la virginidad es una forma clara de ejercer poder social. Todo este ritual no expresa nada más y nada menos que el control social que se ejerce sobre la sexualidad femenina, mientras que para los hombres rige otra moral. Las primeras experiencias del varón empiezan en la pubertad, incluso al tener experiencias sexuales como parte de su iniciación, con los *muxes*. Ellos pueden tener varias novias a la vez, experiencias con mujeres mayores e incluso es aceptado que tengan experiencias homosexuales con un rol activo, con el fin de demostrar ante la sociedad lo que es ser un “verdadero hombre”. La misma familia incide y acepta que tenga el mayor número de relaciones posibles antes y después del matrimonio para probar su virilidad. “Quien no tiene amantes no es varón del todo. No es hombre completo” (Miano,1999).

Sin embargo, este rito que le otorga identidad a la mujer y a su familia, tiene un fuerte arraigo en el Istmo; establece prestigio y reconocimiento sociales, es algo para lo que las mujeres zapotecas han sido educadas: su comportamiento en el mercado, el trabajo, y por supuesto también permanecer vírgenes al matrimonio. Sin embargo, “el rito del desfloramiento” tiene un significado todavía

más profundo que el meramente social. Si bien este acto tiene una connotación patriarcal, las protagonistas son las mismas mujeres.

La virginidad, resume Dalton (2010), tiene que ver con la virtud, pero también con dejar vinculado un precedente a la legitimidad y por tanto también al poder. De acuerdo con la información recabada por la autora durante su investigación en el Istmo, y cuestionado a las mujeres que han realizado esta ceremonia, se trata de un hecho que eleva su amor propio y le confiere seguridad.

“Mientras las matronas beben y festejan, ella debe permanecer acostada, tapada con una sábana y rodeada de flores de *guechachi* rojas o rosadas, mientras un grupo de mujeres verifican el pañuelo con sangre, beben y bailan. Les ponen una corona de laurel y flores en la cabeza y las hacen partícipes y cómplice del honor. Una vez terminada la ceremonia nadie podrá hablar del honor de esa mujer, puesto que todas certificaron su virginidad. Su participación se vuelve una forma de corroborar un hecho que cuidará a la mujer así como el prestigio de su familia de los chismes, el cotilleo y cualquier intento de desestimación de su honor. Es una forma de reafirmar su identidad, amor propio, prestigio, dignidad y vanidad; es algo de lo que se enorgullecen las personas mayores de treinta años que han realizado este ritual de iniciación”. (Dalton, 2010: 209).

Así es como describe Andrés Henestrosa, escritor juchiteco, en su libro “Los hombres que dispersó la danza”, este ritual:

“La virginidad sigue siendo importante para la gran mayoría. Amanece en la casa del raptor si es doncella, de otra manera él la regresa a la casa de los padres. Algunos escogen pedir su mano, pero de esta manera corren el riesgo de que no sea virgen, aunque puede ser que el mismo haya tenido relaciones con ella, y la cubre pidiéndola formalmente. Si no, lo más tradicional es que rapte a la mujer con quien decidió casarse. La lleva a la casa de un pariente y la prueba con

el dedo. No siempre la monta porque corre el riesgo de que ella quede encinta. Al otro día si fue virgen él se presenta con las madrinas, comadres y su familia en la casa de los padres de ella y las mujeres anuncian: fulano de tal se llevó a tu hija, pero todo es para bien, se van a casar; aquí está la prueba de su virginidad. Y muestran un pañuelo con la sangre de ella. Entonces los padres se llenan de orgullo y comienzan los preparativos del festejo.”

La virginidad de la mujer es altamente valorada por las mismas mujeres “es la etiqueta de la mujer”. Se celebra con fiesta, cohetes y cerveza. El pañuelo se exhibe a la comunidad de familiares y parientes, el pañuelo se guarda en el altar familiar. Ese día la novia permanece en la cama acostada, rodeada de tulipanes rojos, cerca del santo. Las mujeres tejen coronas de flores; si la novia “no sale virgen”, la regresan a su casa, convirtiéndose en una deshonra para la familia.

Respecto de este tema tan controversial, Irma Pineda descalificó las opiniones de las autoras antes mencionadas y replicó: “Así es la costumbre, las mujeres crecen y son educadas desde niñas con esa ideología. No tiene nada que ver con el prestigio y el honor, sino con el “deber ser”. Las mujeres hacen lo que “tienen que hacer” y es un hecho no cuestionable hasta que aparece una mirada externa”.

Es algo que va más allá de la explicación o del razonamiento, es un “es así” de las cosas; sin embargo, de alguna forma u otra se está gestando una transformación al interior de las culturas, las costumbres y las creencias, como parte de un proceso natural y evolutivo.

Pineda explica, a través de su poesía, este hecho tan controversial dentro de la cultura y cosmovisión zapoteca.

Cuando un hombre y una mujer
en este pueblo se aman
para regalarse besos
buscan callejuelas
en dónde solo puede mirar la luna.
cuando se casan prenden cohetes
en casa del varón la noche del rapto
la gente sabe entonces
que una flor sangró
y sobre el dolor celebran
con música y guirnaldas
pero la piedra es una vergüenza grande
si en lugar de cohetes
en la boca de una casa
una olla de barro colocan
con una herida que cuenta la historia
de una mujer que no supo esperar.

No obstante, la sociedad zapoteca aunque enraizada a su cultura, no es una sociedad estática sino dinámica que está sujeta a constantes cambios y transformaciones. La educación, la información, la influencia de los medios de comunicación. Hoy en día no todas las alianzas matrimoniales están obligadas a comprobar la virginidad, y las relaciones sexo-género entre hombres y mujeres están cambiando.

Así, de una manera simple y sencilla, como es ella, concluimos sin más este tema.

Una ronda con la muerte

La seguí hasta que se fue de las manos. Al día siguiente un martes, nos encontramos nuevamente en la Universidad Pedagógica, donde en un espacio entre clase y clase, la acompañé a comprar su boleto a Tlaxcala, lugar en el que impartiría la conferencia “Una ronda con la muerte” con motivo de los festejos del día de muertos.

Así, al regresar a la universidad con tiempo de sobra, nos fuimos a “echar un taco” a la cafetería de la universidad dónde ahondamos un poco más sobre la cosmogonía de los zapotecas acerca de la muerte.

El matriarcado, en su aspecto religioso, también plantea en su cosmovisión la creencia de la vida más allá de la muerte. Y sin duda la muerte es parte de los ciclos de vida de los hombres y de las mujeres y tiene una especial connotación entre los zapotecas.

-Al morir, el cuerpo del muerto es acompañado de su equipaje, una jícara y un zacate, para el largo viaje en el que cruzará, acompañado de un perro negro, un río. En él se bañará para llegar limpio a *Yoo ba´* “La mansión de los muertos”. Una vez ahí se presentará ante *Xunaxido* “La señora de la muerte”, quien juzgará su comportamiento en el plano terrenal. Si éste fue bueno entonces su alma descansará y se convertirá en flor, mariposa o colibrí; si no, regresará como un buey, o cualquier otro animal de carga destinado a hacer trabajos brutos.

Habla entonces Pineda del ciclo de la vida y la muerte.

Llegó el día

Llego el día en que nueve cuartas
hemos de contar para ti
se apagó tu vela
el ser que hoy eres
a la tierra volverá
sobre el camino quedan las huellas de tus pies
desgranas tus culpas
para que limpia como una flor
llegué tu alma
ante los espíritus que por ti aguardan.

Terruño

Ella, como las tecas comerciantes y viajeras, no lleva en su cabeza canastos con hamacas o succulentos platillos tradicionales como quesillo, pan o totopos. Trae consigo el pensamiento, la palabra divina, la lengua del tiempo, aquella que alumbra los corazones a través del cantar zapoteca. Ella esparce como el polen de las flores la magia de su pueblo, de los pueblos donde brilla toda el alma zapoteca.

-Soy como un papalote, me salgo, me desenvuelvo, voy, vengo, pero aquí regreso; este es el hilo que me mantiene, si éste se rompe, me pierdo, es con esto, con la vida aquí con lo que me identifico. Es el espacio en el que yo me he ubicado, este es mi terruño, mi territorio emocional identitario, es lo que me permite ser y estar en el mundo. Soy muy juchiteca. Si esto se pierde ¿A dónde me voy? Es por eso que me interesa que se conserven las tradiciones.

Irma es una mujer reconocida en el ámbito internacional. Ha tenido la oportunidad de viajar a otros países de América y Europa, como Canadá, Colombia, Italia, Rusia, por mencionar algunos, para compartir y exponer el canto de la palabra *binnizá* y de la importancia de la permanencia de la identidad cultural, artística e histórica de los pueblos indígenas, de los pueblos de México.

Este fue uno de los poemas con los que participó en el XI Festival Internacional de poesía en Medellín, Colombia.

Una pared escurre historias

Una pared escurre historias,
contempla fija, inmóvil,
el paso lento de los días.
El tiempo no es generoso,
marca en la piel y lastima sus entrañas.
La pared permanece,
reviste de colores cuadros, libros,
las plantas la alegran pero ya no puede ser la misma.
Va guardando el llanto de ecos contenidos
y risas que desbordan el gemir de los amantes,
y el latido de sus corazones.
Hay historias que no se olvidan,
historias que el tiempo no puede llevarse,
están escritas en la pared, en su corazón.
Es inútil pintar,
mil colores no borran su memoria.
Ella bien lo sabe:
no es que con el tiempo duela menos,
es que uno se acostumbra a vivir con el dolor.

Es la resistencia, afirma Pineda -a través de las tradiciones, procesos identitarios, y el lenguaje- la clave para mantener la cultura de los pueblos, que hoy por hoy de una manera u otra, están siendo invadidos por la mirada externa. Con la implementación de proyectos de aparente desarrollo económico que no generan más que un círculo vicioso en la vida de los individuos: trabajo-pago-compro-consumo, regreso a mí casa- soy feliz, sin ninguna vinculación cultural y espiritual.

La plaza

Alegría sin fin
hay en la plaza de mi pueblo
ríe a carcajadas como muchacha en flor
sus manos son fuertes como la gente del campo
la plaza viste de mujer cuando el sol alumbra
mujeres inmensas como la tierra
mujeres con olor a mar.
cuando la tarde cuelga sobre la plaza
encaramadas en los árboles las aves cantan
las parejas se abrazan y miran
a los que beben atole de espuma
a los que compran totopos en el mercado
cuando entra la noche más profunda
ya nadie gime
ya nadie permanece en la plaza
sólo el murmullo de las hojas queda

Como parte de la resistencia, Pineda destacó la importancia del etno-desarrollo como alternativa económica y de crecimiento en función de las riquezas particulares de cada región y de sus integrantes. De lo contrario, afirmó, no

hablamos más que de explotación. De un sistema que nos desconecta con las cosas realmente importantes en la vida, como los valores humanos.

-El reconocimiento con el espacio en que vivimos y la cultura, la cosmovisión que nos conecta con algo más allá, más divino, con la naturaleza, con la vida, genera cambios internos que nos permiten actuar con respeto ante la propia vida y la vida del otro, en el mismo espacio.

No me verás morir

No me verás morir

No me verás morir

No podrás olvidarme

Soy tu madre

Tu padre

La vieja palabra de tu abuelo

La costumbre de los tiempos

La lágrima que brota de un anciano sauce

La más triste de las ramas

perdida entre las hojas

No me verás morir

porque soy

un cesto de carrizo donde aún se mueven

las tenazas

del papá camarón

el pescado que Dios comió

la serpiente que devoró un conejo

el conejo que siempre se burló del coyote

el coyote que tragó un panal de avispas

la miel que brota de mis senos

tu ombligo soy
y no me verás morir
Aunque creas que todos se han marchado
no me verás morir
habrá una semilla
escondida entre los matorrales del camino
que a esta tierra ha de volver
y sembrará el futuro
y será alimento de nuestras almas
y renacerá nuestra palabra
y no me verás morir
porque seremos fuertes
porque seremos siempre vivos
porque nuestro canto será eterno
porque seremos nosotros y tú
y los hijos de nuestros hijos
y el temblor de esta tierra
que sacudirá el mar.

Ni en los casos más extremos de las luchas emprendidas por las mujeres indígenas en México, -siendo éstas las más marginadas en todos los aspectos- por la defensa de los derechos de sus pueblos, así como de la igualdad de género y el reconocimiento y el respeto a la diversidad de los intereses de las mujeres - se ha pugnado por la violencia. Todo lo contrario. En el marco de sus estrategias de sobrevivencia, negocian espacios de poder o reconstruyen sus identidades colectivas. Aun cuando se trató de hacer movilizaciones contra el Plan Puebla-Panamá, a favor de la desmilitarización de sus regiones o por el reconocimiento de la autonomía indígena, utilizan concepciones alternativas de paz social, naturaleza y economía, desarrollo y ciudadanía. Anteponen la espiritualidad como medio para lograr una sociedad más equilibrada.

Frente a la violencia y la dominación de los más fuertes sobre los más débiles, ellas proponen el respeto que parte de la concepción indígena hacia una idealización contemporánea de sus culturas; hablan de lo siguiente:

“Una relación respetuosa, sincera, equitativa, de balance, de equilibrio -lo que en occidente sería de equidad-, de respeto, de armonía, en la que tanto el hombre como la mujer tienen la oportunidad, sin que suponga una carga más para la mujer sino un elemento facilitador. Solamente así se podrá estar bien espiritualmente, con el propio ser humano, con la tierra, con el cielo y los elementos de la naturaleza que nos dan oxígeno...Por lo que para nosotras hablar de enfoque de género supone remitirse al concepto de dualidad manejado desde la cosmovisión indígena según el cual todo se rige en términos de dualidad: el cielo y la tierra, la felicidad y la tristeza, la noche y el día se complementan; el uno no puede estar sin el otro. Si hubiera diez días con sólo sol moriríamos, no lograríamos soportarlo. Todo se rige en términos de dualidad, indudablemente el hombre y la mujer. (Hernández, 2009).

Las comunidades indígenas tanto como las matriarcales tienen en su aspecto religioso una idea fundamentada en el cosmos. Las mujeres son creadoras de vida y alimentadoras. La tierra es la gran madre, proveedora de todo y de todos, la que garantiza la permanencia en la vida. En estas sociedades no existe un pensamiento realista, todo está integrado. En su cosmovisión la naturaleza es sagrada, es el mundo divino, todo lo que está vivo posee identidad. Las fiestas veneran los ciclos de las estaciones, cada actividad diaria como sembrar, cosechar, cocinar, tejer, son un ritual significativo, son sociedades sacras en las que todo se fundamenta en la deidad.

Así, las velas, las fiestas tradicionales más importantes del Istmo de Tehuantepec, tienen una relación con los ciclos agrarios y la veneración a la divinidad y las estaciones. Por ejemplo, las fiestas celebradas en mayo, unidas a

la agricultura, simbolizan la fertilidad de la tierra y la abundancia. Las mujeres jóvenes se visten de gala para la “regada de frutas”, que consiste en pasearse por el pueblo montadas en carretas jaladas por bueyes y adornadas de flores y motivos de papel china. Tiran desde ahí, flores, frutos, objetos de plástico, dulces para los niños. Un ritual que demuestra este culto a la naturaleza, a la madre tierra.

Finalmente, llegamos a la casa de Irma -qué ganas tenía yo de explorar su biblioteca-; así como ella, sencilla es también la forma en la que vive. En su estudio-biblioteca no podía faltar la hamaca. Cumpliendo con su responsabilidad de madre, se dispuso a lavar la ropa de su hijo, y dejar todo en orden para los días de su ausencia.

-Estás en tu casa, por qué no te acuestas en la hamaca mientras lees.

-Temo quedarme dormida

Me sonrió y se fue a realizar sus actividades. Yo seguí su consejo y “me eché en la hamaca” a disfrutar de la lectura de algunos libros de poetas zapotecas que Irma guarda cuidadosamente en su biblioteca. Tiempo más tarde, se asomó al estudio y tomó un folder azul del escritorio. -No te quedaste dormida, me dijo. Sonrió y se echó en su otra hamaca ubicada en la sala amplia y fresca, sencilla como ella; alrededor descansan dos baúles tradicionales de aquellos que guardaban antes las abuelas, ahí resguarda ella sus huipiles, estos también de un gran valor económico y sentimental pues son la herencia de sus antepasados.

El silencio nos absorbió; juntas compartimos un largo momento de ausencia de palabras. Nos deleitamos con el sonido del viento, del canto de los pájaros que como los *binnizá* cantan también el *didxazá*, la lengua de los dioses, la lengua

divina, la lengua del tiempo. Compartimos entonces, un espacio sin perturbaciones, absortas en nosotras mismas en un momento que pareció eterno.

Más tarde llegó su hijo Sebastián, quien venía del cine con sus amigos. Ella -como siempre- muy atenta a escuchar la narración de la película que su hijo le contaba y quien unos momentos más tarde se sentó junto a ella en la hamaca. Comenzaron a acariciarse. Y aunque muy independiente, pues Irma viaja mucho y le ha enseñado a resolver sus asuntos, ya acostumbrados los dos al movimiento y la ausencia el uno del otro, él se acurrucó en su regazo y le dijo ¡No te vayas! Ella le respondió con un gesto de amor en su mirada, apretujándolo solo un poco más fuerte a su regazo.

Tengo un hijo

Tengo un hijo al que le brotan alas
de sonrisa resplandeciente
pies grandes y manos blancas

de día intenta volar en la azotea
por la noche bebe mis lágrimas
tengo un hijo al que le brotan alas

A él lo ha educado fuera de los conceptos patriarcales y machistas, respecto de la sexualidad de las mujeres y los hombres en el istmo. El diálogo y la apertura así como el ejemplo han sido las herramientas en la educación de su hijo. A su corta edad, 14 años, se le percibe como un adolescente responsable y autónomo al cual se le han inculcado valores muy específicos, el primero de ellos y el más importante: el respeto.

La hora de su partida se acercaba; me levanté de la hamaca y dejé los libros en el lugar dónde estaban. Compartimos un último café en la cocina, no me acuerdo más de que hablamos, sólo la contemplé pues de ella me enamoré a través de su palabra convertida en poesía. Así como ella se enamora del fluir de los ríos, del trinar de los pájaros, del suspiro del viento, el viento, el viento que se convierte en poesía, así como el viento que inspira y embelesa los cuerpos; la presencia de Irma, la poeta zapoteca sublima las almas y alegra los corazones.

Así fue como con la ayuda de Irma Pineda, desde su cosmovisión indígena, desde su mirada zapoteca, desde su lengua, estandarte de la resistencia del pueblo al que representa, fue posible acercarme al menos un poco, a este pensamiento puro indígena. Allá en Juchitán de las flores nos despedimos. No hasta el último momento. Dejé este espacio para sus más allegados. Con la promesa de un recuento para ir al mar a disfrutar del entorno natural que envuelve a esta ciudad. Ella, como una flor esparce su polen, aromatiza los corazones, Irma Pineda -como muchas otras mujeres indígenas- lleva por medio de la palabra y a todos los campos posibles una semilla. Sembrando en el hombre el respeto al otro, a lo otro, a los otros, a todos los seres existentes en la naturaleza.

Fue sin duda alguna un placer, un privilegio, alimento para el alma, compartir momentos con Irma Pineda, acompañarla, escurrirme en su vida, aprender de ella, de su pensamiento, de su actuar. Es su sola presencia, insisto, fuente de profunda inspiración. Es ella, para mí, una matriarca-zapoteca.

Conclusiones

El trabajo realizado es una muestra de que nos encontramos inmersos en una sociedad diseñada ideológicamente para el hombre. Es decir, es el hombre, son los hombres, las figuras dominantes en cuanto a lo político-económico-social-cultural-religioso. Se trata de una sociedad que gira alrededor de una figura central que es la del padre; es él quien decide, provee y destaca en el ámbito público. Una sociedad en donde existe un sesgo muy importante hacia ignorar los aportes de la mujer y su reconocimiento en el ámbito doméstico y extra-doméstico. Un mundo creado para los hombres en el que no existe igualdad de derechos humanos y oportunidades. Una sociedad basada en jerarquías y distinciones de género, económicas, étnicas, de preferencia sexual, por mencionar algunas.

Una sociedad patriarcal no sólo dominada por los hombres, sino por los más fuertes; una sociedad opresiva y destructiva en la cual estamos atrapados, consciente o inconscientemente. Para salir de ella, se hace estrictamente necesaria la búsqueda de nuevas alternativas de existencia; la aplicación y reestructuración de nuevos modelos sociales y económicos en los que cada individuo, como miembro de una comunidad, debe tener responsabilidad y participación activa en la generación de una sociedad más humana, justa y equitativa, fundamentada en el respeto a la diversidad y equidad simultáneas como los principios básicos de una sociedad justa.

La realización de este reportaje me permitió justamente acercarme a estudios que aportan herramientas para la construcción de modelos económicos sostenibles de reciprocidad y redistribución para iniciar un cambio social viable.

Si bien, se ha demostrado que entre los zapotecas del Istmo de Tehuantepec no existe un “matriarcado” en su esencia pura, sino un sistema social identitario en el que se observan situaciones asimétricas en las relaciones sexo-género. Ellos son poseedores de una especificidad cultural y étnica, la cual es meritoria de estudio y análisis ya que existen ciertos elementos a considerar

dentro de la misma: las mujeres son transmisoras de la tradición y la cultura, las protagonistas de las ceremonias y los rituales, poseedoras de un gran conocimiento y sabiduría; en algunos aspectos, como el económico, son autónomas, y en lo social gozan de prestigio.

Dentro de los estudios de género se ha encontrado que las sociedades donde la mujer es poseedora de cierto prestigio y poder se caracterizan por estar ubicadas en un entorno natural rico, en el que se sacraliza la naturaleza y prevalecen los valores cooperativos, igualitarios y pacíficos.

Las mujeres del Istmo, más que exóticas y sensuales, son mujeres guerreras, fuertes de espíritu y capaces de trascender el dolor. Tienen una gran fuerza organizativa dentro del sistema festivo de la región. De la misma manera se organizan y hacen valer su voz cuando de la defensa de los intereses de su pueblo y su comunidad se trata.

Si bien son víctimas de subordinación en cuanto al aspecto sexual al tener que comprobar su virginidad, este hecho, nos guste o no, forma parte de sus costumbres y de su identidad. Sin embargo, es necesario entender que cualquier proceso identitario es dinámico y múltiple; es decir, está sujeto a transformaciones, y hoy por hoy, no todas las mujeres están obligadas a demostrar que son vírgenes.

Desde el punto de vista de las mujeres indígenas, (entre ellas las zapotecas) el feminismo liberal, desde su concepción urbana, tiene connotaciones separatistas que se alejan de sus concepciones de lucha conjunta por los derechos de sus pueblos y la defensa de sus culturas con sus compañeros indígenas. (Hernández, 2009).

Las mujeres indígenas de México, y de otros países de Latinoamérica –las que sufren de mayor discriminación en todos los sentidos-, proponen la construcción de un nuevo feminismo. El feminismo de la diversidad, el cual contemple la pluralidad de contextos en los que las mujeres viven las desigualdades de género y desarrollan nuevas estrategias para su transformación. No a través de una lucha entre los sexos, sino por medio de una perspectiva dialógica, multicultural y plural que permita entender las necesidades de cada grupo de mujeres desde su propio contexto social, heterogéneo y diverso.

Desde sus propios espacios organizativos, en donde evidentemente las demandas de género son el tema central, las mujeres indígenas están generando nuevas formas políticas y culturales en las que plantean la necesidad de cambiar algunos elementos de la “costumbre” que excluyen y marginan a las mujeres. Al mismo tiempo, están redefiniendo los conceptos de política y empoderamiento, hacia la construcción de una sociedad más igualitaria, siempre desde un marco de la no violencia y aludiendo al potencial emancipatorio de la espiritualidad indígena.

Existen, además de los estudios sobre las zapotecas como laboratorio de observación de la existencia del matriarcado, otras investigaciones hechas en varios lugares del mundo, entre las que se encuentran “los musou” en Loshui, provincia de Yunnan (China), mejor conocido como el “Último de los Matriarcados”.

Esta sociedad se caracteriza por la repartición equitativa de los bienes y no en la acumulación. Predomina la solidaridad entendida como ayuda mutua y el cuidado por el otro y por los otros. Pero sobre todo, es una sociedad en donde se manifiesta una absoluta falta de violencia, como la expresión más pura de lo femenino. Dentro de su lenguaje no existe siquiera una acepción para dicha palabra. Se trata de una sociedad matrilineal en la que la descendencia se da a través de la madre y no del padre. Así mismo no existe el matrimonio; las mujeres

tienen derecho a tener amantes y viven en la casa del clan al que pertenecen. Algo que se conoce como “amor libre”, aspecto que ha llamado la atención de foráneos de todo el mundo.

Seguramente de una manera muy pretenciosa, es de mi interés, a través de la realización de este trabajo de investigación, sumarme al planteamiento por el que han pugnado los pueblos indígenas de México y el mundo: contribuir a la generación de una sociedad más humana, comunitaria, justa, honesta y equitativa. En donde la sacralidad de la tierra, “proveedora de todo”, el respeto “al otro”, a “lo otro”, “a los otros”, y la espiritualidad sean los elementos fundamentales hacia un proceso de cambio en la vida individual y colectiva de la humanidad.

La espiritualidad entendida no como una religión sino como una forma o un estilo de vida. Se trata más bien de la disposición moral, psíquica y cultural para el desarrollo de características y actitudes que conduzcan al individuo, a los individuos, a un estado de bienestar general. Se trata también de una práctica que ayuda a encontrar cuál es el verdadero sentido de la vida, de la existencia humana.

Es la espiritualidad, desde mi punto de vista, hacia donde la sociedad de hoy debe llevar la mirada. Pues es el fundamento del respeto hacia la propia persona, ser e integridad humanas como el respeto hacia los demás, a lo otro, diferente a mí, pero también igual a mí.

Es la espiritualidad, desde el marco de la diversidad y de la equidad simultáneas el origen de la construcción de una nueva sociedad capaz de convivir e interactuar en un entorno de paz.

Bibliografía

Acosta, E. (2007) *Zapotecos del Istmo de Tehuantepec*. Pueblos indígenas del México Contemporáneo. Comisión Nacional para el desarrollo de los Pueblos Indígenas de México.

Abreu, S. (2008). *El papel del periodista en el Reportaje*. Universidad Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas, México.

Cazaux, Diana. (2009) Primer Foro Nacional de Comunicadores, Taller: Periodismo Científico. 15 de octubre de 2009. San José Costa Rica.

Campell, C & Green, S. (1999). Historia de las representaciones de la mujer zapoteca en el Istmo de Tehuantepec. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*. Vol. V. no 009. pp.89-112. Universidad de Colima, Colima, México.

Coler, R. (2005). *El ultimo Matriarcado*, Ricardo Coler. Planeta, Argentina.
Gómez, A. (2008) *Sistemas sexo /género "Matriarcales": Los Bijagós (Guinea Bissau) y los zapotecas (México)*. 17 de enero 2008. Universidad de Vigo.

Dalton, M. (2010) *Mujeres: Género e Identidad en el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca*. Centro de Investigaciones Superiores en Antropología Social. Publicaciones de la Casa Chata.

De la Cruz, V. (1983) *La Flor de la Palabra*, Premia, México.

De las Heras, S. (2008). Una aproximación a las teorías feministas. *Universitas, Revista de Filosofía, Derecho y Política*. Vol. Recuperado del 20 de octubre de: <http://universitas.idhbc.es>

Del Río Reynaga, J. (1994). *Periodismo Interpretativo: El reportaje*. Trillas, México.

Fernández, S. (1998). El reportaje en Prensa: Un género periodístico con futuro *Revista Latina de Comunicación Social*. 4 de abril de 1998. Universidad de la Laguna España.

Flores, A. (2009) *La mujer zapoteca en la música istmeña de México*. Universidad de Salamanca, Facultad de Geografía e Historia, España.

Goettner, Heide. (1998). *Investigación moderna del matriarcado, sus resultados y su importancia actual*. Recuperado de 14 de septiembre de: <http://www.matriarchiv.info/uploads/HGA-Matriarcado1.pdf>.

Gómez, A. (2008) *Sistemas sexo /género "Matriarcales": Los Bijagós (Guinea Bissau) y los zapotecas (México)*. 17 de enero 2008. Universidad de Vigo.

Gómez, A. & Miano M. (2008) *Dimensiones discursivas del sistema de sexo y género entre los indígenas zapotecas del Istmo de Tehuantepec*.(abstracto). Recuperado el 11 de septiembre de: <http://www.raco.cat/index.php/papers/article/viewFile/.../159756>

Henestrosa, A. (2009). *Los Hombres que dispersó la danza*. Porrúa, México.

Hernández, R. (2009). *Etnografías e Historias de Resistencia, Mujeres Indígenas, procesos organizativos y nuevas identidades políticas*. Publicaciones de la Casa Chata.

Ibarrola, J. (1988) *Técnicas periodísticas el reportaje*. Recuperado el 11 de septiembre de: [http:// www.angelicabeltran.mx.tripod.com/el_reportaje.htm](http://www.angelicabeltran.mx.tripod.com/el_reportaje.htm)

Iturbide, G. (1979-1989). *Juchitán de las mujeres*. Calamus, México.

López, G. (1974) *Vinnigulasa, Cuentos de Juchitán*. Universidad Autónoma de México.

Leñero, V. y Marín C. (1986) *Manual de Periodismo*, Grijalbo, México.

Nahmad, S., Nahom, A. y Dalton, M. (2010). *Aproximaciones a la región del Istmo, diversidad multiétnica y socioeconómica en una región estratégica para el país*. Centro de Investigaciones Superiores en Antropología Social. Publicaciones de la Casa Chata.

Maldonado, B. (2011). *Comunidad y colonialismo en Oaxaca, la nueva educación comunitaria y su contexto*. Colegio Superior para la Educación Integral Intercultural de Oaxaca.

Martínez, S. (2011) *Sociedad del entretenimiento (2)*. Construcción socio-histórica, definición y caracterización de las industrias que pertenecen a este sector.

Samuel Martínez López. *Revista Luciérnaga*. Audiovisual. Año 3. Politécnico colombiano. Edición 6, Medellín Colombia.

Miano, M. (2001) *Hombres, Mujeres y Muxe en el Istmo de Tehuantepec*. Escuela Nacional de Antropología e Historia. (Tesis doctoral), México.

Pedrero, M. (2004) *Género, Trabajo doméstico y extradoméstico en México*. Colegio de México.

Pineda, I. (2008) *De la casa del ombligo a las nueve cuartas*. Letras Indígenas Contemporáneas. Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.

Pineda, I. (2007) *La nostalgia no se marcha como el agua de los ríos*. Escritores en Lenguas Indígenas, México.

Pineda, I. (1974) *Mis dos Lenguas*. Juchitán, Oaxaca.

Rojas, M. (1976) *El Reportaje Moderno*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Reyes, G. (1996) *Periodismo de Investigación*. Trillas, México.

Taylor, A. (2006) *Malinche and Matriarcal Utopia: Gendered Visions of Indigeneity in México*. *Journal of Women in Culture and Society*. vol. 31, no 3.

Ulibarri, E. (1994). *Idea y Vida del Reportaje*. Trillas, México.

Yanes, R. (2006) *El reportaje, texto informativo aglutinador de distintos géneros periodísticos*. *Espéculo*. Revista de Estudios Literarios. Universidad Complutense de Madrid. Recuperado el 4 de octubre de: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero34/reportaj.html>

Ibarrola, J. (1988) *Técnicas periodísticas el reportaje*. Recuperado el 11 de septiembre de: http://www.angelicabeltran.mx.tripod.com/el_reportaje.htm

Autor corporativo

Ministerio de Educación de España, (2009). *La noticia y el reportaje*. Proyecto mediavídeo prensa. La lectura de la prensa escrita en el aula. Recuperado el 17

El mito detrás de la Tehuana: Mujeres del Istmo, “Amazonas Matriarcales”
Rommy Paola Dammann Pensamiento

de octubre de:
[http://www.iespugaramon.com/.../la_noticia_y_el_reportaje_talleres ...](http://www.iespugaramon.com/.../la_noticia_y_el_reportaje_talleres...)

Lineamientos para la elaboración del Gran Reportaje. Recuperado el 22 de septiembre de:
<http://www.septien.edu.mx/septien/maestria/df3/.../GranReportaje.pdf>.